UN METÉORO BRILLANTE.

Novela escrita en francés

POR MIGUEL AUBRAY.

y traducida

por Don M. M. de Z.

BIBLIOTECA PUBLICA
CORDOBA

¡CON LICENCIA!

SEVILLA: 1880.
Imp. y Lib. de los Sres. A. Izquierdo y sob.o
calle Francos, núms. 60 y 62.

R 1572

En un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme...
(Cervantes—D. Quijote.)

I.

Despues de un dia ocupado en la diversion de la caza, nos habiamos sentado à comer sobre la verde yerba. La reunion era numerosa y alegre, porque además de los cazadores habia allí cinco ó seis mugeres jóvenes, que los habian seguido. El sol estaba poniéndose en un horizonte sin nubes, y sus rayos hacian brillar los cristales de las ventanas de un palacio, que se hallaba situado á corta distancia. Este palacio parecia abandonado, porque todas las ventanas, las puertas y las avenidas estaban cerradas.

—¡Qué poco me gusta ese viejo edificio!—dijo una de las jóvenes.—No quisiera habitar en él, porque su aspecto es demasiado triste.

—Esa señora dice lo que le parece—contestó el posadero de la aldea, que habia venido á servirnos la comida—pero el palacio de Amagny es una hermosa residencia. Hoy no es agradable su aspecto, porque sus dueños estàn ausentes; pero en el año próximo pasado

nadie hubiera dicho que esa casa era triste. Entónces habia frecuentemente fiestas, partidas de caza y diversiones de todo género. En esa alameda hoy tan silenciosa y abandonada se veian continuamente pasar carruages con damas elegantes; casi todas las noches habia bailes y conciertos, y hasta comedias, lo cual se hacia en obsequío de dos señoritas muy queridas y mimadas.

—¿Las señoritas de Amagny?

—No, señora; no hay ya señoritas de Amagny: las hijas del Sr. Baron estàn casadas hace tiempo, y residen á mucha distancia de este pais. Sus padres no las ven mas que por el Invierno, que todos pasan en Paris. Las jóvenes de que hablo, y que tenian trastornado el palacio este año anterior, eran las sobrinas de la Sra. Baronesa, dos primas hermanas, que tenian casi la misma edad, que no se parecian en nada. Una de ellas era piadosa, caritativa, muy buena, pero no muy favorecida por la naturaleza; la otra por el contrario era una maravilla, poseia todas las grandes cualidades; talento, imaginacion, conocimientos, belleza. Ah! en mucho tiempo no es facil que veamos una jóven de tanto mérito, y tan cumplida.

—Pero siendo sobrina de la Sra. de Amagny—dije yo,—nada tiene de extraño, que vuelva por estos sitios.

El posadero movió la cabeza, como en señal de duda, y contestó:

—Dicen, que no volverà.

—Pero ¿por qué motivo? ¿Qué razon hay para suponerlo?

—No lo sé. Se habla mucho acerca de ella, y las mismas personas, que antes la celebraban, hoy no le tienen consideracion ninguna.

—Y ¿qué es lo que se le echa en cara?

—Esto y aquello y una multitud de cosas. Ella tenia cualidades muy brillantes y muy propias para excitar la envidia; y cuando se despiertan los celos ¿quién puede decir hasta donde llegarán las murmuraciones y la maledicencia? Se pretende, que esta señorita tenia màs brillo que solidez, y que no ha hecho màs que aparecer y desaparecer. Se le ha llamado *la estrella errante* ó *la exhalacion*, y esto es lo que he oido referir. Yo no frecuento la alta sociedad, ni sé lo que las gentes ricas dicen entre sí: pero ahí está el señor—dijo el posadero señalando á uno de los cazadores, hombre anciano y amable, y cuya propiedad estaba contigua al Dominio de Amagny —y él podrá informaros mejor que yo podria hacerlo.

El cazador, á quien se alúdia, tomó una actitud discreta y reservada y dijo;

—En efecto, siendo yo el vecino mas inmediato del Baron de Amagny, he tenido frecuentemente el honor de presentar mis respetos á sus sobrinas. La que se ha llamado *la exhalacion* era verdaderamente una muger hermosa. Tenia un aire magestuoso, en ademan de reina, facciones de una delicadeza exquisita, y un rostro ovalado, que presentaba un conjunto lindísimo. Sus ojos eran negros, y las pestañas y los cabellos rubios. Dicen que debe desconfiarse de estas rubias de los ojos negros, pero aquella era una buena

chica. Aunque tuviese mucho talento no era burlona ni murmuradora: jamás la ví burlarse de otra persona, y sin embargo apostaria cualquier cosa á que era muy hàbil en conocer y comprender las ridiculeces. Habia recibido una brillante educacion, y limitàndome á hablar de las artes de adorno, pintaba con mucho gusto, tocaba perfectamente el piano, cantaba divinamente y bailaba mejor que nadie. Sobresalia tambien en dirigir un caballo; pero donde se distinguia sobre todo era en la caza, porque nos encantaba ver la facilidad y la destreza con que manejaba la escopeta.

—Sin embargo—contesté yo—todo eso no nos explica el motivo por que esa linda jóven no volverá á este país, y por qué se le ha dado el nombre de *la exhalacion*.

El anciano cazador se sonrió con gracia, y replicó buenamente.

—Se le ha nombrado *la exhalacion*, porque probablemente no volverá á estos sitios. Es sabido, que estos metéoros....—y el hombre divagó acerca de los fenómenos del cielo y de la astronomia.—En vano tratamos de hacer que se contrajera al motivo de la conversacion: habia sin duda resuelto ser discreto, y eludió todas nuestras cuestiones. Pero al dia siguiente, en que me estaba paseando solo á la orilla del rio, vino á reunirse conmigo, y me dijo con aquella sonrisa que me habia impacientado la víspera.

—Me dirigisteis ayer una multitud de preguntas, à las cuales no me permitia responder la discrecion: pero ahora que estamos so-

los, os contaré la historia de *la exhalacion*, pero será con una condicion indispensable. Si tratais de escribir esta historia, variareis los nombres de los sitios y de las personas.

Yo se lo prometí, y he aquí por qué, hoy que voy á escribir todo lo que me dijo el anciano cazador, es indispensable que principie mi narracion como la historia del caballero de la Mancha: «En un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme...»

II.

El lugar de que se trata, mas bien que el nombre de aldea merecia el de villa. Hay en él funcionarios y algunos negociantes: hay tambien un paseo, una plaza, y un gran edificio que es la casa del Ayuntamiento. Se vé pues, que seria injusto llamar á este lugar aldea ó pueblo.

Al fin del paseo del lado del Norte hay una reunion de edificios. que se llama el cuartel viejo. Las casas son oscuras, las calles estrechas, y los jardines no tienen sol. Las gentes, que tienen pocos medios, prefieren este cuartel bajo el pretexto de que es tranquilo, pero en realidad por que alli los alquileres son mas moderados.

En el año próximo anterior y en un dia caluroso del mes de Julio un hombre y una muger, ambos jóvenes, vinieron á llamar à la puerta de una casa de las mas viejas del cuartel viejo. Estos jóvenes, que se parecian mucho, tenian muy buen aspecto y parecian muy amables.

Una criada, que estaba lavando, vino á abrir la puerta, mientras que una muger jóven aun, de semblante severo retiraba de la hornilla una cacerola y se arreglaba las mangas del vestido para recibir una visita, que conceptuaba bien intempestiva.

—Buenos días, Matilde — Buenos dias, mi querida hermana—le dijeron á un tiempo el jóven y la jóven, entrando sin ceremonia en la cocina.

Una sonrisa presentó el rostro sério de la persona, à quien saludaban con el nombre de Matilde, que les coniestó.

—¡Como! Julieta y Máximo! No os esperaba hoy y he tenido una sorpresa agradable, pero hijos mios, no sé como sucede, que llegais siempre, cuando estoy mas abrumada de trabajo. Y en casa ¿todos están buenos? ¿Mi madre, Velentina, Sofia?

—Si, sí, querida hermana, todos estan buenos—respondió el jóven.

—Y estamos muy contentos, querida hermana—agregó Julieta—porque venimos á darte una agradable noticia; el principal gefe de Máximo le ha aumentado el sueldo.

—En efecto, es una satisfaccion para nosótros. mi querido hermanito: si continuas asi, bien pronto podrás establecerte. Pobre niño ¡tú trabajas como un negro!—dijo Matilde enternecida, abrazando al jóven con ternura.

El devolvió el abrazo y dijo alegremente.

—Pues bien, Matilde, no te incomodes por nosotros. Si mi cuñado no está en casa, y tú no tienes tiempo que perder, Julieta te ayudará á preparar la comida, y yo me iré á

la sala.... ó bien afinaré el piano de Elena.

—Por favor—contestó Matilde—deja en paz el piano de Elena; tal como es no deja de hacer bastante ruido.

—Sin embargo, hermana mia, yo he prometido...

—¿Qué importa? Por otra parte Elena tiene que hacer algo mejor que ocuparse de música.

—Y ¿donde está mi querida Elena? preguntó Julieta.

—En el jardin con su padre y los niños. Mi marido está ingertando sus manzanos, y aunque es temprano para ello, es menester dejarlo, porque cuando se le pone una cosa en la cabeza., vete á reunir con él, Máximo: id ambos, hijos mios.

—¿Nó quieres, que yo te ayude?—dijo Julieta, acercándose á las hornillas.

—No, hija mia: no toques á las cacerolas, no sea que manches tu vestido. Vete al jardin, y si quieres ser util, toma al niño chico y entretenlo. Mejor será esto que limpiar mi batería de cocina con tus mangas colgantes.

El jardin de Matilde ó sea de la Señora Revel era muy reducido y estaba cercado de paredes bien altas. Habia en él algunas legumbres y muy pocos arboles. En un extremo se veia un banco rústico y sentada en él una jóven con un niño pequeño en brazos y un diario en la mano: dos niñas un poco mayores buscaban algunas flores, y un hombre calvo con gafas estaba ingertando unos arbolitos enanos.

—Ahí están tia Julieta y tio Máximo—gritaron las muchachas.

La jóven se levantó alegremente, el niño pequeño alargó sus bracitos y el señor calvo tiró sus intrumentos, diciendo con jovialidad:

—Buenos dias, Máximo—A Dios, Julieta, hermanita mia.

Las niñas besaron al tio y á la tia: esta se apoderó del niño chico, y todos se sentaron en el banco rústico. Entonces Julieta anunció la gran noticia; el aumento del sueldo de Máximo.

—Me alegro—exclamó el señor calvo. Este buen mozo hará carrera. ¿Cuanto ganas tú ahora, Máximo?

—Dos mil francos, (7600 rs.) hermano mio.

—¿Al mes?—preguntó con aturdimiento la jóven que tenia el diario.

—Al año—dijo Máximo—y sin duda es bien poco...

—Nada de eso—interrumpió el señor calvo—es una cosa magnífica: á tu edad no ganaba yo mas que mil y quinientos francos 5700 rs.)

Hubo un instante de silencio; la jóven bajaba la cabeza y partia el diario para hacer barquitos á los niños, que ellos echaban en un pequeño estanque. Màximo la miraba pensativo, y para cambiar la conversacion le preguntó.

—¿Qué dice el diario de hoy, Elena?

—Oh! tiene este cuatro ó cinco semanas de fecha; es un número que vino liando un paquete del almacen de comestibles.

—Y ¿qué podia interesaros en un diario del mes pasado?

—Una multitud de cosas. Aquí se hablaba

de carreras, de representaciones dramàticas, de un concierto que se ha dado en Vichy en beneficio de los pobres: en él ha cantado una señorita admirablemente y fué muy aplaudida. En otra poblacion de baños hubo un bazar, en que las damas caritativas eran las vendedoras: se citan sus nombres, porque eran señoras del mas alto rango....

Julieta se echó á reir y dijo:

—¡Como se entusiasma esta Elena hablando! no se creeria que ella ha leido estas lindas cosas en un diario atrasado: parece que las ha visto, que ella estaba allí, que cantó y que tenia su tienda. Hé aquí lo que es poseer una imaginacion ardiente.

Julieta continuó riéndose, pero Máximo estaba pensativo, y el señor calvo dijo con gravedad:

—Si Elena, en lugar de leer ese diario, hubiera abierto el libro de la *Imitacion*, hubiera visto, que no debe desearse lo que no se puede tener.

La jóven no respondió y ahogó un suspiro. Ella deseaba frecuentemente lo que no podia tener, porque habiéndose educado en Paris y visto el mundo, se encontraba rodeada de una estrechez considerable en aquella pobre casa y en aquella poblacion tan pequeña. Asi es que los recuerdos turbaban la paz de su alma. Elena Revel era la hija del señor calvo, pero no de la señora de rostro serio llamada Matilde, por lo que no era sobrina de Julieta ni de Máximo. Procedia del primer matrimonio del Sr. Revel y tenia nueve años, cuando su padre, viudo hacia mucho tiempo, se casó en

segundas nupcias con la señorita Matilde Chervis, muger muy linda y de severos principios. Desde su infancia conocia Elena à la familia Chervis y era amiga íntima de Julieta, que tenia la misma edad, apreciando y respetando à la Sra. Chervis su madre, como si fuera una abuela. Así es que no se disgustó por que su padre se casara con Matilde Chervis, aunque le pareciera, que esta era severa y exigente. Contaba estar mucho tiempo bajo la dependencia de su madrasta por un motivo que se realizó efectivamente.

El Sr. Revel era pobre, y su empleo no estaba bien retribuido, pero tenia un hermano negociante hábil que habia hecho en París una gran fortuna. Este hermano, â quien se le llamaba —el Sr. Revel jóven—á pesar de sus canas, propuso al padre de Elena, que fuera á recibir educacion en Paris con su hija y como no era natural rehusar una oferta tan generosa, la pobre jóven hija del modesto empleado fué á París á recibir la misma educacion que su pudiente prima. Sucedió esto poco tiempo despues del segundo casamiento de su padre; Elena permaneció en París nueve años, y tenia diez y ocho, cuando su padre la hizo volver á su lado. En un principio habia manifestado el tio la idea de dotarla convenientemente, pero, á pesar de sus buenas intenciones, la joven habia vuelto con las manos vacias. Era que las cuñadas de su tio no se habian casado bien, tenian muchas hijas, y no se podia asegurar la suerte de Elena, sin establecer un precedente perjudicial. Dotando el tio à Elena, to-

das las sobrinas de su muger pretendian que se hiriese lo mismo con ellas, y por rico qué fuese el Sr. Revel, esto para él era muy gravoso. Además graduó que no debia perjudicar de aquel modo á su hija. y se contentó con ofecer à Elena un ajuar tan magnífico, como no era posible haberlo visto en el lugar, de cuyo nombre no quiero acordarme.

Hacia cuatro meses que la jóven habia vuelto à casa de su padre, cuando la encontramos sentada en el jardin con Julieta, Máximo y los niños Viendo áquella, que su querida Elena destrozaba con cierto mal humor el pobre diario, le dijo, para hacer cambiar sus ideas:

—¿Hace mucho tiempo, que no tienes noticias de tu prima?

—No;—respondió Elena, cuyo rostro se serenó de pronto—acaba de escribirme, que ha vuelto con su padre de un viage, que habia hecho á Escocia. Estàn en Paris, pero mi prima no permanecerá allí más que siete ú ocho dias.

—La señorita Revel es muy aficionada à viages—indicó Máximo.

—¿Ella? no lo es mucho—respondió Elena—pero ha tenido un desengaño, una desilusion, y quiere viajar por distraerse y olvidar el lance. Estaba para casarse, cuando descubrió que el jóven que la habia pretendido, se casaba con ella solo por su riqueza. Esto ofendió su delicadeza, y la ha hecho muy desconfiada. Estoy persuadida de que no se casará sino con las mayores precauciones y con las mejores pruebas de que el pretendiente sea

hombre que se case con ella por sus cualidades y no por el caudal de su padre.

—Veis, niñas, como las jóvenes ricas tienen tambien sus disgustos!—dijo el Sr. Revel à Elena y Julieta—Vosotras no tendreis semejantes desengaños, y podeis estar seguras de que os casareis por vuestras buenas cualidades, y no por otro motivo.

—Estamos conformes—contestó alegremente Julieta—pero no somos tan suceptibles como vuestra sobrina, y no nos disgustaria que se tuviese en cuenta nuestro caudal, si lo poseyéramos. ¡Una dote no perjudica nunca, antes por el contrario da brillo à los ojos y solidez al espiritu ¿nó es así Elena?

—Si—contestó esta distraida y pensativa—verdaderamente mi prima es demasiado susceptible.

—Y ¿donde pasará el Otoño esa linda joven?—preguntó Julieta.

—Naturalmente en el campo; en el palácio de la prima hermana de papà y de mi tio, la Sra. Baronesa de Amagny...

Al decir esto notó Elena que Máximo se sonreia; interrumpió lo que estaba diciendo, y le preguntó algo disgustada:

—¿Por qué os reis, Máximo?

—Yo no me he reido—contestó él con dulzura—todo lo mas que he hecho ha sido sonreirme al notar el énfasis con que habeis pronunciado el nombre de vuestra tia de Amagny.

—¿Yo he hablado con énfasis? ¿Qué quereis decir con eso? ¿No es justo dar à cada uno su título? Tal vez querriais que no diera

mas título que el de ciudadano. Oid, Máximo, yo lo presumia: sois un horrible republicano.

Al oir estas expresiones, Màximo se hechó á reir à carcajadas. El Sr. Revel se levantó y le dijo.

—Elena tiene un poco de mal humor; dejémosla que desfogue, y ven á ayudarme á ingertar mis manzanos, mientras llaman à comer, porque vosotros dos comereis en casa, y yo buscaré en el sótano una botella de buen vino.

Los dos hombres se alejaron, y las jóvenes continuaron hablando.

—Elena—dijo Julieta—¿sabes que no has estado agradable, y que has causado disgusto á mi hermano?

—¿Yo? ¿cuando, querida amiga?

—Cuando hemos hablado del aumento de sueldo de Máximo, tu lo has oido con mucha indiferencia.

—No lo creas: la noticia me causó satisfaccion; pero ¿querias que yo hiciera exclamaciones de júbilo por una miserable suma de dinero?

—Ay! Elena! orgullosa y desdeñosa Elena! Si tu supieses cuànto ha deseado mi hermano ese aumento de sueldo que te parece tan miserable! Si supieras cuantas esperanzas ha fundado él en esa suma que te parece tan pobre!

A Elena se le salieron los colores à la cara y respondió con viveza.

—No tengo necesidad de saberlo para par-

ticipar de la satisfaccion que todos teneis, y no hay que hablar mas de esto.

Al contrario, hija mia, es necesario hablar y para ello he venido.

Elena bajó los ojos sin responder y Julieta continuó con una voz conmovida.

—Tú no ignoras cuànto te queremos: mamà te considera como una hija, y aunque fueras nuestra hermana menor, todos nosotros no podríamos tenerte mas cariño.

Elena, comovida, sin duda, pero un poco turbada, murmuró entre dientes algunas palabras ininteligibles, y apretó la mano á su amiga. Esta mas entusiasmada continuó diciendo:

—Tú sabes tambien, por lo menos has debido adivinarlo, que, mi madre, tu padre y Matilde quisieran casarte con Màximo, el cual se consideraria feliz, si quisieras acceder à los deseos de tu familia.

El rostro de Elena se puso sombrío, y le preguntó à Julieta.

—¿Es tu hermano el que te ha encargado que me digas eso?

—Sí; él es el que me lo ha encargado, y de su parte he venido á decírtelo.

—Pero, mi querida Julieta, ese paso no es conforme à la costumbre, y yo no puedo determinar acerca de él. Cuando mi padre ó mi madrastra me hablen de ese punto, les contestaré con franqueza y manifestaré mi opinion. Hasta entonces permiteme, que guarde silencio.

Julieta la miró fijamente, y le dijo con tristeza:

—Has tomado mi indicacion con una solemnidad y una ceremonia, que me parece de mal agüero; pero no me has comprendido. Yo no vengo á pedir tu mano de parte de Máximo, ni à exigirte una confianza. Lo que quiero es hacerte conocer las intenciones de tu familia, conforme me lo ha rogado Máximo. El desea que tu obres libremente, y como tu padre y Matilde son severos, mi hermano ha creido oportuno, que estuvieras prevenida.

—Agradezco á tu hermano el honor que me hace, y sé apreciar la delicadeza con que procede—dijo Elena con mucha frialdad—pero, mi querida Julieta, por que él obre asi, y te haya despachado como embajadora, en lugar de hacerme intimar una órden por mi madrastra ¿se sigue, que tenga yo libertad para disponer de mi persona? No lo creo; mis padres me han habituado á obedecer sin examen, y si quieren que me case con tu hermano, no alcanzo de qué me podrá servir haber sido prevenida.

—No:—contestó Julieta algo picada—te equivocas en hablar de esemodo. No te casarán contra tu voluntad, y das una prueba de no conocernos, si piensas que se entra de ese modo en mi familia. Mi hermano te tiene un cariño tan sincero como profundo, y se figura que la felicidad de su vida depende de la respuesta que dés á su pretension. No obstante; si por un motivo, sea cual fuere, este casamiento no te agrada, él será el primero en deshacerlo. Pero ¿seria posible, querida Elena, que no te agradase Máximo, ó que le tuvieses aversion?

—¿Tenerle yo aversion? ¿Qué dices, Julieta? Por el contrario, si yo fuese rica, daria la preferencia à tu hermano sobre todos los jóvenes, que me pretendieran. Por desgracia soy demasiado pobre, para seguir el impulso de mi corazon, y hacer un casamiento á mi gusto.

—No sé si podrias hacer un casamiento de inclinacion; pero me parece que te seria dificil contraer otro, en que todas las conveniencias de estado, de fortuna y de posicion se observaran mejor que en el propuesto.

—No soy de ese parecer—dijo Elena con frialdad.—Cuando dos jóvenes pobres, como lo somos tu hermano y yo, olvidan toda prudencia y se casan, yo llamo à esto un casamiento de inclinacion, una calaverada, una locura. Por el contrario, encuentro muy conveniente y muy racional el casamiento de una jóven pobre con un joven rico y vice-versa.

Julieta se echó à reir, y dijo:

—Tú predicas en tu favor, pero como no es facil que encuentres muchas personas de tu opinion, creo que tendrás que resignarte á hacer un casamiento de inclinacion: pero hablemos seriamente ¿vés tú otros obstáculos à nuestro proyecto mas que tu posicion pecuniaria y la de Máximo?

—¿Para qué hablar de otros obstáculos? ¿No hay bastante con uno, si es insuperable?

Julieta bajó la cabeza, y contestó:

—Cualquiera creeria al oirte, que ni uno ni otro teneis recursos. ¿No tendrias desde luego el sueldo de Máximo?

—¡Dos mil francos anuales! ¡Gran cosa!—

respondió Elena acentuando las palabras con ironía.

—Dos mil francos hoy, cuatro mil mañana ú otro dia, seis mil mas tarde.

—Mi querida amiga no hablemos mas que del tiempo presente, y no vendamos la piel del oso antes de haberlo cogido—siguió diciendo Elena con su tono burlon—¿Conque tú supones y al parecer suponen los demàs, que con una renta de dos mil francos anuales (7600 rs.) tu hermano y yo podriamos pasar cómodamente?

—No—respondió Julieta—no suponemos eso; pero teniamos la idea de que tu pensaras contribuir al gasto de la casa hasta que la posicion de Máximo fuera mas desahogada. Muy facil te seria dar lecciones de piano, de dibujo y hasta de Inglés.

—Muchas gracias—dijo Elena con sequedad.

—Pero, hija mia, si no te casas tendrás que resignarte á dar esas lecciones ó á entrar en una casa para instruir à jóvenes, y no es facil que encoutraras las consideraciones y el afecto, que aqui te tendrian todos.

Elena se ruborizó, y dijo:

—Pues bien, yo prefiero eso: quiero ser maestra ó instructora á mucha distancia de este pueblo y tal vez en el extranjero, mas bien que perder mi rango en la poblacion, en que he nacido· pero, gracias á Dios, no estoy todavia en ese caso.

—Pues yo estaba en la inteligencia de que se te iba á buscar un acomodo asi que el niño chico pudiera andar solo.

—Verdad es, pero de aquí allá pueden suceder muchas cosas. Tengo aún mucho tiempo—dijo presuntuosamente Elena.

Julieta suspiró y miró á su amiga: era evidente que esta jóven pobre pero orgullosa no desesperaba de conseguir un brillante casamiento.

—Se dice que una buena educacion es un bien inestimable—murmuró al fin Julieta—Sin embargo yo me pregunto, mi querida Elena, si no hubiera sido mejor para tí, no haber dejado nunca la casa paterna.

—He ahi lo que decís todos—exclamó Elena—pretendeis, que seré infeliz por que no conservo los gustos y modales de provincia, por que me han inspirado el gusto de las artes, y porque sé apreciar las bellezas de este mundo. Pues bien, no pienso como vosotras, y estoy muy agradecida á mi tio y à mi prima por la educacion, que alli he recibido, Encuentro mucho consuelo y muchas esperanzas en la instruccion que se me ha dado, y deseo, si es posible, conservarme al nivel de las personas distinguidas, entre las que he vivido.

—Todo esto està muy bien—dijo Julieta; —pero ¿estàs segura de no confundir un sentimiento muy noble con una pasion muy vil, y no llamar gusto de las artes, de lo grande y de lo bello. lo que podria llamarse sencillamente amor de las riquezas?

—No lo quiera Dios—exclamó Elena, que se puso colorada hasta la frente—Tu me injurias, Julieta: no soy codiciosa y podria pasar sin ser rica y aun imponerme privacio-

nes, sin quejarme; pero hay nobles goces y placeres de espíritu, à los cuales no renunciaré mientras pueda. Y mira, Julieta, estoy en la persuasion de que tu hermano piensa como yo. El no podria vivir con estrechéz, necesita una existencia cómoda, facil, elegante. Puede tenerla y la tendrá ciertamente. Que no se case aún, que bien jóven es, y antes de diez años podrá tener una buena posicion, buenas utilidades y casarse con una jóven pudiente.

—Y ¿esta es la respuesta que me encargas dar á Máximo?

—Seria preferible, Julieta, que tu madre consintiera en hablar á Màximo. Ella podria mejor que nosotras hacerle comprender cuanta razon tengo. Las madres desean lo mejor para sus hijos; y la tuya aprobarà mi opinion, Iré á verla mañana, le hablaré con franqueza y le rogaré que se interese con mis padres para que me dejen en toda libertad respecto á mi establecimiento.

—Nadie piensa en coartar tu libertad—replicó Julieta disgustada—pero mi madre no puede impedir, que tu padre y Matilde te hagan conocer su opinion respecto al matrimonio proyectado.

—Ni yo pido tanto tampoco. Quisiera solamente que se me diese una poca de espera.

—¡Una espera! Vaya una linda expresion, —exclamó la hermana de Máximo herida en lo mas vivo.

—Dispénsame, Julieta, me he equivocado y oye lo que yo tenia intencion de decir: s

tu buena madre inclina à mis padres á que no me hablen de este asunto en algunas semanas, espero que todo se arreglarà bien. Es probable, que voy á ausentarme por algun tiempo.

—¿De veras? Y ¿adonde piensas ir?

—Á Amagny. Mi prima y nuestra tia insisten en que pase el Otoño con ellas. Papá no manifiesta su opinion, y mi madrastra me dejaria partir, si hubiera aqui alguien que pudiera reemplazarme.

—Ya; tu quisieras que viniese yo á ayudar á mi hermana Matilde durante tu ausencia.

—Tú, ó Valentina, ó Sofia; sí; yo desearia que una de vosotras me hiciese ese favor.

Julieta reflexionó, y dijo con un tono triste, pero afectuoso.

—Tienes razon; mejor es que te alejes algunos meses, supuesto que estàs decidida à quitar à Máximo toda esperanza. Si mamá lo permite, haré voluntariamente lo que deseas.

Elena le dió un abrazo.

—¡Qué buena eres, mi querida Julieta! pero debes estar persuadida, de que yo quiero tambien darte gusto. El Domingo yo iré à una fiesta de lugar, donde me fastidiaré bastante, pero lo haré por complacer à tus hermanas y à tí, que no podeis rehusar la invitacion de una parienta anciana, de quien tus hermanas esperan heredar algo, y que tienen que llevar á esa parienta todos los sobrinos y sobrinitas, que no pueden salir, sin que la pobre Elena los acompañe como una niñera.

—Pero ¿tanto te disgusta ir à Granschamps?

—Sí; mucho, mucho: tu parienta y su ma-

rido tienen muy poca educacion y las gentes, que se encuentran en su casa son muy vulgares.

—La sopa está en la mesa,—gritó una de las hermanitas de Elena, que habia ido á la cocina á ver lo que hubiera de extraordinario.

—Hay un pudin para mi tio Máximo, que es muy aficionado à la cocina inglesa; hay cangrejos para mi tia Julieta y tortas para todos. ¡Qué buenas cosas hay! y mamá dice, que los que sean buenos tendran thé á la noche.

III.

El domingo siguiente despues de algun tiempo de haber salido el sol, llegaban Julieta y su hermana Valentina à la estacion de ... seguidas de una criada, que llevaba una maleta. Allí estaba hacia un cuarto de hora toda la familia del Sr. Revel.

—Vamos, niñas, que el tren vá à partir—dijo Matilde á sus hermanas—pero ¿qué veo? ¿Por qué venís solas? ¿Dónde està Máximo?

—El pobre Máximo—dijo Julieta lanzando una mirada á Elena,—tiene ocupaciones..... disgustos, queria yo decir, que le han obligado á quedarse en casa.

—Pues el viage serà divertido para mi marido—dijo entredientes Matilde—vá solo con tres jóvenes y cuatro niños. Y allà ¿con quién podrá hablar? Verdaderamente tiene mi hermano caprichos bien ridículos!

Elena bajó los ojos: bien sabia ella que Máximo no era caprichoso, y por esto estaba

triste y pensativo. Habia ido el dia antes á hablar con la madre de Màximo, y esta le habia hecho reflexiones, que la habian conmovido y debilitado su opinion. Tenia necesidad de meditar, de reflexionar, y hubiera deseado quedarse en casa pero su madre política habia decidido que fuera á Granschamps, y Matilde juzgaba sin apelacion.

—Ya esta aquí el tren—gritaron los niños, que corrian de un lado para otro, y armaban mas bulla que todos los demàs pasageros reunidos.

Mientras que su madre trataba de aquietarlos, Julieta le dijo à Elena:

—Puedes ir á Amaguy: mi madre me permite que me instale en tu casa hasta que estes de vuelta.

—No hay seguridad todavía de que iré—respondió Elena pensativa—pero de todos modos te lo agradezco, Julieta.

—¿Qué estais cuchicheando las dos?—preguntó el Sr. Revel.

—Hablamos de Amagny, hermano.

—Ah! si, del castillo ó palacio de nuestra tia la Baronesa—dijo él remedando alegremente á su hija—Elena quiere á todo trance pasar allí algunas semanas, y se comprende bien su deseo. Cuando una jóven tiene vestidos y adornos que sentarian bien á una princesa, es muy natural que quiera lucirlos, y como mi hija al volver á casa no ha tenido ocasion de lucir sus galas, busca el medio de conseguirlo.

Elena se sonrió: las puertas de las salas de espera se abrieron, y los niños echaron á

correr instalándose en un compartimiento de segunda clase donde seguian haciendo tanto ruido, que los demás no se entendian. Matilde con su hijo pequeñito se quedó en la estacion.

El viage duró mas de dos horas, y como no habia medio de hacer callar á los niños, las jóvenes guardaban silencio, y Elena se puso á pensar acerca de su porvenir. No era de extrañar que hubiese al pronto rechazado con cierto desden la proposicion de matrimonio, que se le habia hecho. Educada en una casa opulenta con las mismas consideraciones que la heredera de aquellas riquezas, habia adquirido las ideas, las costumbres y la manera de ver y graduar las cosas, que tenian las personas, que la rodeaban. Estas personas no comprendian la vida sino con el lujo, la elegancia y los placeres delicados, y Elena creia por esta razon, que sin la fortuna toda existencia era naturalmente miserable. No era sin embargo vana ni frívola; no hacia mas caso de los placeres del mundo, que el que merecian, y tenia bastante talento é instruccion para no temer la vida de familia ni aun la soledad, con tal que esta soledad estuviese embellecida por el lujo y la elegancia, y la familia tuviese gustos exquisitos, y no hubiera que inquietarse por las necesidades de la existencia. Cuando se le decía á Elena, que ella amaba el dinero, se defendia muy bien, por que no era codiciosa, pero lo que deseaba era disfrutar de las maravillas de la naturaleza, de las obras exquisitas, del talento de los hombres y de todo lo que embellece la vida. Si

se hubiera podido viajar, procurarse buenos cuadros, oir buena música, llenar su casa de cosas raras y buenas etc, sin tener que gastar dinero, Elena no hubiera temido ser pobre.

La madre de Julieta, que conocia perfectamente el modo de pensar de Elena y leia en su corazon como en un libro, se habia esforzado en demostrarle, que con gustos elevados y el sentimiento de las artes se puede siempre estar por cima del vulgo en cualquier posicion que se tenga en el mundo, y que no es absolutamente necesario ser rico, para procurarse con moderacion esos nobles placeres, que ciertas gentes creen ser exclusivamente propios de los millonarios. Fueran cuales fuesen los argumentos de que usó aquella respetable muger, hicieron impresion en Elena, y esta lejos de olvidarlos, los meditaba, insistiendo en un punto que la madre de Julieta habia tocado con suma delicadeza: en el partido, que se le proponia, la ventaja estaba de su parte. Màximo era jóven, habia recibido una educacion esmerada, y tanto en lo fisico como en lo moral habia sido bien dotado por la naturaleza. Era de creer que adelantaria en el mundo, haciendo una brillaute carrera, y Elena no tenia probabilidad de conseguir un casamiento mas ventajoso. En efecto, en la sociedad brillante en que se habia educado y habia pasado varios años, ninguno habia pensado pedir su mano, y en el pueblo de su nacimiento las circunstancias eran más desfavorables que en Paris, donde el gran caudal de su tio prestaba à aquella

jóven ambiciosa cierto lucimiento y realce.

«Grandschamps, Grandschamps.»

Chilló una voz aguda de un extremo à otro del tren en el momento en que Elena pensaba, que bien consideradas las circunstancias debia casarse con Máximo.

Un aldeano viejo vestido con una blusa, y que tenia rodeado al cuello un làtigo recibió á los viajeros al salir del tren.

—Ah! el primo Nicol—dijo el Sr. Revel dando la mano al buen lugareño.

¿Qué tal vamos? ¿Cómo està la parienta? ¿qué pensarà cuando entre por las puertas nuestra ruidosa tropa? Tal vez se asustará, y no le faltará motivo.

El hombre de la blusa contestó con alegria y cordialidad, preguntó por la salud de las personas, que no habian venido, y saludó á todos con afabilidad y torpeza.

El primo Nicol habia traido un carro rústico, donde entraron todos los viageros.

—Sentaos aquí junto à mi, señorita Elena —dijo el aldeano á la jóven—Es bueno que trabemos relaciones, porque pienso llevaros esta tarde al baile. Supongo si hace buen tiempo, por que si lloviera no podria bailarse sobre la verde yerba, que es el salon que aqui tenemos; pero no lloverá á pesar de estar el cielo aborregado.

Elena no contestó y pensaba:

—Sí; es necesario, que me case con Máximo; que llame pariente á este buen hombre; que oiga sus expresiones triviales, que aprenda á hablar y obrar como las gentes, entre quienes tendré que pasar mi vida, y que ol-

vide la delicadeza de pensamiento y de lenguage, à que se me habia acostumbrado. Ah! diga lo que quiera la madre de Julieta, aquello, que yo llamo con justa razon los dichosos de este mundo, tienen prerrogativas, que no pueden dejar de envidiarse.

El carro que conducia á los viageros entró en el patio de una gran casa, cuyas estrechas ventanas, puerta baja y paredes blanqueadas con cal, desagradaron á Elena. La Sra. Nicol en pie bajo el cobertizo esperaba à los viageros, muy engalanada con su vestido de seda oscuro y su pañolon de cachemira. Tocaban en aquel momento à Misa y fué necesario almorzar de prisa con gran disgusto de los niños, que veian la mesa llena de dulces y de golosinas.

Despues de las vísperas fué toda la familia al baile. Elena no habia visto nunca una fiesta de lugar, y se figuraba que no encontraria en ella más que aldeanos reunidos en el prado, donde se oia una mùsica ruidosa; pero quedo muy sorprendida cuando se encontró de pronto en medio de gente elegante y distinguida. A la verdad estas gentes, cuyos carruages se veian á poca distancia, no bailaban; los lugareños eran los que saltaban y brincaban sobre la yerba, pero cada uno se divertia à su modo, y todos estaban alegres menos Elena, que no hacia caso ni del baile ni de las tiendas al aire libre, ni de los caballitos de madera, delicias de los niños, ni del paseo á que se dedicaban las personas distinguidas.

A poca distancia del prado, y costeando la

orilla del rio, algunas jóvenes de rostro desdeñoso y altanero paseaban à caballo acompañadas de sus hermanos ó de sus maridos. Elena suspiró mirándolas pasar, por que habia aprendido á montar en Paris, y hubiera querido lucir como ellas. A poco tiempo las vió desmontar y dirigirse al tiro de pistola, donde lucharon en destreza, interesando á los espectadores.

—Podíamos ir á disparar algunos tiros—dijo Elena—yo he aprendido algo de eso, y tendria gusto en ensayar mis conocimientos ante esa gente.

—No, no:—dijo la Sra. Nicol escandalizada—eso es imposible. Semejantes diversiones no están bien en jóvenes solteras. ¿Qué pensarian de nosotros? Nos pondríamos en ridículos.

Pero nadie se rie de esas señoritas—respondió Elena picada en su amor propio.

Eso es diferente—contestó la Sra. Nicol, bajando la voz—son esas jóvenes grandes señoras! Sus padres son los que influyen y mandan en nuestro canton, y ellas pueden ponerse en evidencia, y hacer cosas, que serian ridículas y mal vistas en nosotros.

Elena se puso colorada y volvió la cara á otro lado. No envidiaba á aquellas señoritas el privilegio de tirar pistoletazos; lo que le disgustaba era la contestacion de la Sra. Nicol, que le parecía humillante. Entre tanto aquella buena muger paseaba á sus convidados por el prado, hablando en alta voz, deteniendose á comprar juguetes à los niños, que pagaba en moneda de cobre, de que llevaba

llenos los bolsillos, y poniéndose al hombro ó jugueteando con un pesado quitasol azul, que parecia un paraaguas. Todo esto hacia sonreir á la gente elegante, tanto que Julieta tuvo la ocurrencia de decirle à su tia, mirando à Elena maliciosamente:

—Tia, ¿por qué no le dais vuestra sombrilla á Elena? Apuesto á que la llevaria con mucho placer.

—¿Mi quitasol? ¿En qué piensas, niña? Es muy pesado, y no es regular que otra vaya incómoda con él.

—Aunque sea pesado, dádselo: menos le pesará â ella llevàndolo en la mano que á vos en el hombro.

—No tengo necesidad de hacer la prueba para estar convencida de que la señorita Revel es una jóven muy bien educada y muy atenta—respondió la Sra. Nicol, que no adivinaba el sentido malicioso de las palabras de Julieta.

Esta sin embargo se equivocaba, por que Elena no tenia la necia y pueril vanidad, que se inquieta de lo que puedan decir otros. La compañia de las gentes vulgares le desagradaba, pero no se avergonzaba de ir con ellas. Su disgusto consistia en no estar en su centro, y no en las ridiculees de los que le rodeaban.

—Mira, mira,—exclamó de pronto la Srá. Nicol,—allí está el Sr. Berlier, el administrador de la propiedad de Vertbois, y su interesante hija Genoveva. ¿No los veis allí á la orilla del rio... aquel hombre alto y delgado y aquella rubita con el pelo rizado? Es

necesario Sr. Revel que por mi medio hagais conocimiento con él, y vos tambien, señorita Elena, tendreis mucho gusto, segun me parece, en conocer à Genoveva, que os agradará sin duda. Julieta y Valentina la han visto en mi casa el año pasado, y os habrán hablado de ella.., ¿No? Pues es singular. Genoveva es una jóven de mucho mérito; es una buena cabeza, que no puede olvidarse con solo verla una vez. A penas tiene veinte años y dirije perfectamente su casa, ahorrando el trabajo á su madre, que está achacosa. Buenas tardes, Sr. Berlier; buenas tardes, señorita Genoveva—gritó la buena muger para llamar la atencion del administrador y de su hija.

Estos se acercaron al momento y saludaron à todos, diciendo el Sr. Berlier:

—Tia Nicol, me alegro mucho de veros buena y en tan honrada compañía.

Este saludo incomodó mas à Elena que las risas burlonas de las señoritas del tiro de pistola. Mas bien que oir llamar á aquella buena muger—tia Nicol—hubiera estado conforme en verla pasear con un quitasol en cada hombro. Ella graduaba, que las ridiculeces son propias de la persona que las tiene, y puede deshacerse de ellas ó conservarlas, en vez de que nadie puede tener mas consideracion, que la que quieren darle; y esto era lo que Elena apetecia para ella y para los suyos, una gran consideracion.

Entre tanto que ella pensaba con desagrado, que era la parienta de Máximo y de Matilde aquella muger á quien este administrador, un criado decente, llamaba la tia Nicol

Genoveva renovaba su conocimiento con Julieta y Valentina, y el padre entraba en conversacion con el Sr. Revel. Ambas familias continuaron unidas su paseo, y la Sra. Nicol quiso llevar junto á sí á Genoveva, à la que manifestó tanto afecto, que esto acabó de sorprender á Elena, por que no comprendia que aquella insignificante jóven hubiese podido atraerse hasta aquel punto la voluntad de una persona tan poco sentimental como la Sra. Nicol. La señorita Berlier tenia una cara qne manifestaba sencilléz, y una hermosa tez, pero en esto consistia todo su mérito, por que no era linda, ni parecia, que tuviese mucho talento. Cuando hablaba, lo hacia con timidéz, poniéndose colorada, confundiendo las cosas, y riéndose algunas veces sin oportunidad.

—Si esta muchacha tiene mérito,—pensaba Elena—es con seguridad un mérito latente.

Cuando se anduvo todo el prado, invitó el Sr. Berlier á la familia Revel á ir á visitar la propiedad, que él administraba.

—Nuestro carruage—dijo él—nos espera allá bajo junto à los sauces, y todos podemos ir en él, porque es el bréc, Sra. Nicol. Yo lo he traido, por que acabo de dejar á algunos amigos en la estacion. Son las cuatro; en veinticinco minutos estamos allà y yo os llevaré de vuelta esta tarde. El camino es bueno y divertido, la propiedad merece ser visitada, y el Sr. Baron está ausente.

A estas palabras—el Sr. Baron està ausente—Elena hizo un gesto, y la Sra. Nicol respondió:

—Me parece bien, Sr. Berlier, que os lleveis à estas Sras. y al Sr. Revel, y que volvais todos à comer á casa: yo tengo que quedarme: y me parece tambien que los niños se queden conmigo.

Esto era lo que querian tambien los muchachos, que estaban por quedarse en casa y no perder nada de la fiesta; pero como no era regular dejarlos enteramente á cargo de la Sra. Nicol, se quedó con ellos Valentina, que habia visto à Vertbois el año próximo anterior.

Arregladas así las cosas, se pusieron en camino el Sr. Revel con su hija y Julieta, y el Sr. Berlier con Genoveva, llegando en poco tiempo al palacio de Vertbois, que era un magnífico edificio construido en tiempo de Luis Catorce. Aunque Elena hubiese visto las suntuosas propiedades de los amigos de su tio, quedó admirada al ver la riqueza, que habia dentro de aquellos muros, mas deslumbrada que Julieta, que no era inteligente en pintura ni escultura, ni estaba al alcance de poder graduar el mérito de aquellas bellezas.

Como el Baron de Vertbois estaba ausente, tuvieron las dos familias amplia libertad para examinarlo todo, y al pasar de una habitacion á otra Genoveva no olvidaba arreglar los muebles y limpiar las pinturas y las estátuas, sin sospechar que aquel cuidado y celo, que manifestaba, hacía una desagrable impresion en Elena.

—Vuestro Baron está alojado como un

príncipe:—dijo el Sr. Revel—todo es espléndido y magnífico y ha debido costar sumas enormes.

—Es natural,—contestó el Sr. Berlier—pero el Sr. Baron no se detiene en el gasto. Es muy rico, y como no tiene hijos...,

—Eso es una desgracia, ¿Tiene mucha edad?

—Sí; es muy viejo, algo maniaco, y terco, pero tiene muy buen corazon.

—Y ¿à quién se presume que dejará su caudal?

—A su sobrino: un jóven, que promete ser un hombre cumplido.

—He ahí su retrato,—indicó tímidamente Genoveva.

Elena miró el cuadro, que se le indicaba, y vió el retrato, de un jóven con uniforme de oficial de marina, cuya fisonomía le pareció franca y agradable.

—Pues no hay que compadecer á ese jóven—dijo el Sr. Revel riéndose—él es buen mozo y tendrá un magnífico caudal. ¿No será un buen partido, señoritas?

Genoveva se sonrió, Julieta hizo una pequeña inclinacion con la cabeza, pero Elena frunció los labios. Comparaba ella su suerte con la de aquel jóven; la vieja casa de su padre con aquella grandiosa mansion, y un pensamiento triste penetraba en su alma, despertàndose al mismo tiempo sus ambiciosas pretensiones. No es decir, que envidiase el caudal del Sr. Vertbois; ella no envidiaba á nadie, ni deseaba lo que era propio de otro, pero sí deseaba estar al nivel de los que llamaba los dichosos de la tierra. Elena se ha

bia identificado de tal modo con la familia de su tio, que se creia fuera de su rango desde que habia dejado á Paris, y al encontrarse en aquel palacio se creia en su centro. En aquel espíritu no quedaba ya nada de las buenas reflexiones, que habia hecho poco antes, y de la resolucion que había tomado: hasta se admiraba de haber pensado tomarla.

Cuando subieron al carruage para volver á Granschams, dijo en tono bajo á Julieta:

—Hazme el favor de inclinar á mi padre á llevarnos mañana á casa, mi tia y mi prima vendrán á buscarme el Jueves, y es necesario, que esté yo preperada para marchar con ellas, cuando lo tengan á bien.

—Pero esta mañana—observó Julieta—no estabas tú decidida á ir á Amagny.

—Posible es que así lo hubiese pensado, pero ahora estoy decidida—y como si hablára consigo misma, agregó—Sí, estoy decidida, y lo quiero, por que no es de perder una ocasion favorable. Mi tia me quiere mucho, y estoy segura de que conseguiré establecerme ventajosamente entre sus vecinos. Esto no le será dificil, por que las circunstancias no son las mismas que en Paris. Los grandes propietarios del campo han conservado algo de las costumbres patriarcales, y hacen mas caso de las cualidades de una jóven, que de la dote que tengan.

IV.

Hácia el fin de Julio llegó la Baronesa à Amagny con sus sobrinas. Se habian hecho

grandes preparativos para recibirlas, porque la señora de casa queria que allí se divirtieran todos y que hicieran agradable á aquellas señoritas la vida del campo. Como sus invitaciones eran muy apreciadas no tuvo mucho trabajo en formarse una corte á su gusto, y desde el primer dia se vieron las dos primas divertidas y festejadas. Los bailes, las comidas, los paseos y las partidas de caza y pesca se sucedieron sin interrupcion. y no se hablaba de otra cosa en los alrededores; pero de lo que se hacía mas mérito con gran admiracion, era de la belleza, del talento, de la gracia y de la afabilidad de una de las sobrinas de la baronesa. Todos en coro alababan à esta maravilla.

De la otra jóven casi nadie hablaba, y sin embargo era una dulce y modesta y niña, pero no poseia estas esterioridades seductoras,que cautivan la atencion, y probablemente ella conocia su inferioridad, por que se obscurecia voluntariamente para hacer brillar á su prima. Poco á poco cundió la idea de de que la mas linda de las dos jóvenes era una rica heredera, mientras que la otra no tenia dote ni probabilidad de obtenerlo. Suponian, pues, que la fortuna distribuia tambien sus favores á aquella, que se veia colmada de ellos por la naturaleza, y se los negaba á la que no habia recibido los dones naturales. Los jóvenes solteros y sus madres, que nunca habian sido muy asíduos para festejar à aquella sencilla y modesta niña, se retiraron todavia mas, cuando supusieron que era pobre: en cambio la linda jóven, que se su-

ponia pudiente, fué adulada, incensada y rodeada de homenages, capaces de hacerle perder la cabeza.

Hacia dos ó tres semanas, que estas señoritas estaban en casa de su tia, cuando se vió llegar á una poblacion poco distante de Amagny à un jóven, que nadie conocia. Viajaba por aficion, se vestia con sencilléz, y no tenia criado. Sin embargo en la fonda donde se alojó, no se equivocaron sobre su cuenta. Aquel forastero tenia maneras muy distinguidas y el tono que dá la frecuencia del trato con la gente de rango; y en efecto era un hombre de buena familia é hijo de señores de la nobleza. Las cartas, que recibía, estaban dirigidas al Sr. Conde Lionel de Clermont, Teniente de Navio: pero en la fonda el nombre que habia dado era el de Sr. Vermont. Era el único hijo varon del Marqués de Clermont, que ademas tenia tres hijas, que eran unos ángeles, siendo su único caudal, porque los militares no saben reunir dinero. Mucho mérito y poca fortuna: el Marqués hubiera pódido tomar esta divisa, si hubiera sido menos modesto.

El habia enviado á su hijo Lionel à las cercanías de Amagny para ver de cobrar algunos créditos dificultosos, que se le habian cedido en pago de otros. El jóven conoció muy pronto, que perdia el tiempo, y que no consiguiria realizar aquellos créditos. Asi se lo escribió á su padre; pero este hombre algo terco le exhortó à que tuviera paciencia, diciéndole que todo lo consigue aquel que sabe esperar. Al mismo tiempo le indicó, que po-

dia distraerse haciendo algunos dibujos para sus hermanas de los hermosos puntos de vista que habia en aquel país, y por último le decía, que visitara á las principales familias de aquella vecindad, prometiéndole remitir cartas de recomendacion para algunos grandes propietarios.

Las cartas llegaron en efecto, y el dia que las recibió Lionel fué á presentar dos de ellas, pero con tan poca fortuna que no encontró á ninguna de las dos personas á quienes estaban dirigidas, por hallarse ausentes. Esto le desanimó; tiró las demás cartas en un cajon, las olvidó y se puso à dibujar paisages para sus hermanas.

Una tarde habia ido á sentarse à la orilla de un rio para dibujar las ruinas de un antiguo castillo. El sol estaba cubierto de nubes, la atmósfera pesada y habia mucho polvo. Entre la orilla del rio y la colina en que estaba situado el castillo, habia algunas viñas con sus racimos dorados, que una multitud de tordos deseaban picar volando al rededor con gritos de placer. Este era el único ruido que se oía, porque solo se veia à un aldeano silencioso pescando con la caña. El Conde hubiera acabado por cansarse de aquella soledad y de aquella calma, cuando llegaron à sus oidos voces confusas, gritos alegres y risas. Entonces levantó la cabeza y vió venir por el rio tres barcas llenas de gente elegante, jóvenes muy adornadas, señoras mayores, niños muy lindos y algunos hombres con trages poco propios del campo. Al mismo tiempo venia costeando el rio un carruage vacio y algunos

caballos de silla. Mas lejos un gran perro canelo venia olfateando los cañaverales inmediatos al agua.

En el tiempo que llevaba Lionel de residir en aquel pais, no habia encontrado á pesar de sus paseos y excursiones mas que rústicos y aldeanos, por lo cual aquellas jóvenes elegantes y aquella gente fina le llamó la atencion. La primera barca llevaba por patron una linda jóven rubia con ojos negros, que iba sentada en la popa con mucha gracia y manejaba el timon con desembarazo. Iba vestida con mucho gusto, aunque menos cargada de adornos que las otras, y sin descuidar la direccion de la barca, examinaba cuidadosamente las yerbas y plantas, que el perro ofalteaba. Vió en esto la atencion con que la miraba Lionel, y separó su vista de él haciendo un gesto de dignidad que hizo sonreir al jóven.

—He aquí—dijo él para sí—lo que se llama mirar á la gente por encima del hombro. Esa jóven debe ser la hija del Alcalde ó del Juez de paz: ella tiene gusto para vestirse, y en cuanto al peinado, parece que lo ha copiado de alguna bella estátua antigua.

Entretanto la jóven, que no perdia de vista al perro, dejó de pronto el timon y tomó una escopeta, que venia en el fondo de la barca. En el mismo instante salió volando de los juncos inmediatos al rio un ave acuática, y no bien emprendió el vuelo, cuando cayó como herida de un rayo. La linda barquera acababa de matarla de un tiro con una destreza sorprendente. El perro se la trajo; ella dejó la escopeta y mostró el ave á los de las otras

barcas, como en señal de triunfo.

Pasaron las barcas, y Lionel que habia estado observando à las gentes que iban en ellas y principalmente á la linda barquera,se levantó, cerró su album, y se disponia à marchar pensando à quién se dirigiria, para saber quién era aquella jóven, que le habia parecido tan graciosa como original.

Las nubes se iban engrosando, y amenazaba la lluvia. Lionel graduó que convenia ponerse á cubierto de la tempestad; pero en lugar de seguir el camino abierto á la orilla del rio, se internó en el bosque. Desgraciadamente, como iba distraido, se extravió y despues de muchas idas y venidas se encontró en un terreno erial que por un lado llegaba al camino, y por el otro estaba cortado por un muro bajo formado de piedras. Lionel trataba de bajar al camino, cuando oyó crugir un látigo y galope de caballos: se paró entonces y vió venir por el camino el carruage, el perro canelo y los caballos de montar. En el carruage venian las señoras mayores y los niños: los hombres y dos ó tres señoritas jóvenes venian á caballo. A su cabeza galopaba la linda barquera, que llevaba un sombrero con plumas como se ven pintadas algunas heroinas francesas, y al ver al Conde hizo un gesto de admiracion sonriéndose despues por algunas palabras, que le dijeron los caballeros que la acompañaban.

Aquella sonrisa disgustó á Lionel, y para manifestar que no habia buscado aquel encuentro, volvió la espalda al camino y se internó en el prado, donde se encontraba el

muro, y donde habia observado, que habia una puerta entreabierta; pero vió con sorpresa, que aquellas gentes, de quienes queria huir, dejaron el camino y entraron en el prado. El carruage fué el único que siguió el arrecife.

Cuando la jóven que iba al frente de la cabalgata se acercó al muro, Lionel abrió la puerta y se puso á un lado para dejar libre la entrada, pero la jóven, sin darse por entendida de este acto de política, recogió su caballo y le hizo saltar el muro: los hombres siguieron su ejemplo, pero las otras jóvenes no quisieron exponerse y entraron por la puerta. Así que desaparecieron todos, Lionel se quedó pensativo un momento, y despues echó à andar sin direccion fija, por que no conocía el terreno, diciendo entre sí—por todas partes se vá à Roma.

Al fin del prado habia otro bosque, y cuando estuvo en él, arreció la lluvia de tal modo, que tuvo que buscar un abrigo. Anduvo errante algunos minutos y por fin descubrió en un claro de la selva una casita, que debia estar habitada, por que salia humo de la chimenea. Al acercarse á ella Lionel vió que estaba la puerta abierta, y en la primer pieza, que servia de cocina, dos mugeres ocupadas en los quehaceres de la familia; una era anciana y estaba remendando ropa blanca junto al hogar; la otra era jóven y estaba lavando y arreglando los vasos y los platos. Como la campana de la chimenea era muy extensa, Lionel vió primero á la joven, y se dirigió á ella, diciéndole:

—Niña; la lluvia me ha sorprendido en este bosque desconocido para mí ¿me permitís que me acoja bajo este techo hasta que pase la tempestad?

La jóven, sin responderle palabra, le indicó con un gesto agradable, que podia sentarse. Entonces fué cuando distinguió el Conde á la otra muger, y le dijo:

—Señora, creo que mi presencia no os estorbará seguir vuestros quehaceres.

—Así lo creo—contestó ella.

Entretanto continuaba la lluvia cada vez más fuerte, lo que dió lugar á que se cerrara la puerta. La jóven no por eso dejó su fregado, continuando en su ocupacion, y Lionel pudo observarla. Era mediana de cuerpo, esbelta y graciosa, pero no era linda: sus cabellos eran de un rojo claro y sus ojos verdes. No podia decirse sin embargo, que fuese fea, por que su persona en general era agradable.

Al Conde le gustaba verla ir y venir con tal ligereza, que parecia que no ponia los pies en el suelo. Estaba vestida con suma modestia, y tenia puesto un delantal blanco. Como ella no decia una palabra trató él de entrar en conversacion con la anciana, y le dijo:

—Esta casa está muy aislada. En el Invierno debe ser triste vivir así en medio de un bosque.

—Eso depende del gusto de cada uno y segun vé al traves de sus gafas—le respondió la que parecia aldeana.

—Y este bosque ¿à quién pertenece?—preguntó Lionel.

Entonces respondió la jóven:

—Este bosque pertenece al Sr. Baron de Amagny.

—Y vuestro padre, sin duda, está al servicio del Baron ¿No es así, hija mia?

La jóven se sonrió y contestó:

—En efecto el guarda-bosque, que ocupa esta casita, está al servicio del Sr. de Amagny.

En este momento se oyó el ruido de un carruage: la jóven miró por la ventana é hizo una señal á la vieja que se acercó y le habló al oido, pero no como una madre que habla à su hija, sino con cierta deferencia y respeto. El jóven se levantó entonces algo impaciente y les dijo:

—Temo ser aquí importuno y la lluvia puede continuar asi hasta la noche. Mejor es que me vaya; y os doy gracias, señoras, por vuestra buena acojida.

La jóven se volvió entonces hácia él y le dijo con finura.

—No podeis salir ahora, caballero;¡ esperad un rato á que el cielo se aclare: pero tenemos que marchar nosotras, por que vienen à llevarnos.

Y á este tiempo paraba á la puerta un cabriolé conducido por la linda barquera de los ojos negros, que con una voz muy fresca decía:

—Elena, Elena ¿estás ahi?

—Si, querida mia: aquí estamos las dos—contestó la graciosa jóven del delantal, asomàndose â la puerta.

—Me alegro—dijo la otra jóven—de que la

lluvia no os hubiera sorprendido en campo raso. ¿Con que no os habeis mojado?

—No, ciertamente; pero ¿como has podido descubrir el punto en que yo estaba?

—No me ha sido muy facil, porque cuando tu haces estas excursiones, tomas â la letra el texto del Evangelio, que nos recomienda ocultar á nuestra mano izquierda la limosna que hacemos con la derecha. He preguntado á toda la gente de casa, y nadie me daba razon del punto á que las dos hubierais ido, pero el galopin de cocina me dijo, que llevabais una dama-juana con vino y entonces; recordé que el guarda-bosque lo necesita, lo cual me puso en el rastro....

—Prima, tu exageras—le interrumpió la Señorita Elena con un tono de reconvencion —lo que le he traido al buen viejo es un frasco y no una dama-juana.

—Y ¿por qué no sale el buen viejo à saludarme?—preguntó la bella rubia, tocando los cristales de la ventana con la punta del látigo.

Elena dijo algunas palabras en voz baja á su prima, y esta se inclinó, reconoció al forastero, que habia visto en la orilla del rio, y volvió la cabeza á otra parte.

Entretanto Elena se habia desembarazado de su delantal, y se habia puesto un sombrero gris como su vestido, adornado con algunas flores. Lionel habia ya comprendido su equivocacion, por que este marino, que conocia las modas de las señoras de la India y de la China mejor que las de las Parisienses, habia creido al principio, que aquella jóven

vestida con tanta modestia era una aldeana; pero despues, el aire distinguido de Elena su modo de hablar elegante y correcto y ciertos pormenores de su tocado no permitian que el engaño durase mucho tiempo. Al salir la jóven, Lionel le dirigió algunas palabras excusàndose del modo con que le habia hablado, lo cual la hizo sonreir. En seguida subió al carruage con la anciana, y se alejaron rápidamente.

Lionel volvió á sentarse y se puso à dibujar. Hacia una media hora, que estaba ocupado así, cuando llegó á la casa un viejo alto y robusto, que era el guarda-bosque. Lionel lo reconoció, porque lo habia visto y encontrado varias veces por aquellos campos.

—Tio Gaspar—le dijo él—hace mucho tiempo que andais fuera de casa.

—Es que he tenido que ir muy lejos, Sr. Conde—contestó el guarda con respeto—Hubiera venido antes, si hubiera sabido que me esperaba tan buena compañía.

—Ah! Gaspar, no sabeis que verdad estais diciendo! Hubierais echado á correr, si hubierais sabido quién á venido à visitaros.

El guarda, echando una mirada al rededor, vió el frasco con el vino, y exclamó:

—Ah! el buen angel ha venido á pesar de la lluvia! Pero ¿qué veo? La señorita ha estado lavando mis platos y mis cacerolas ¡una persona de su rango! Esto me conmueve. y si no fuera un viejo duro de cocer, lloraria. Tambien tengo la culpa de que la señorita se haya ocupado en faenas tan poco propias de su estado, por que me he ido sin arreglar mi

pobre cocina, pero los cazadores furtivos no esperan que salga el sol para hacer de las suyas, y por eso he debido salir temprano.

—Y ¿quién es esa jóven, Gaspar? ¿esa á quién le llamais el buen angel?

—Es, Señor, la sobrina de la Señora Baronesa de Amagny.

—Y ¿la otra, que tiene tan hermosos ojos negros?

—La señorita Eliana. Y ¿qué? ¿ha venido tambien esa? Pero no tendria dificultad en apostar á que ella no ha tocado á un plato siquiera. Es tambien sobrina de la Señora. pero es muy diferente de la señorita Elena, Parece esta no tiene un cuarto, y que la señorita Eliana es millonaria, lo cual establece entre ellas una gran diferencia... pero no para mí, que soy su servidor apasionado. Las dos son muy buenas para el viejo guarda, y la señorita Eliana es mas afable con migo que con sus iguales; viene á verme, y hablamos y cazamos juntos, y cuando hay comida ó merienda en el bosque, ella se digna de echarme de beber con su linda mano.

—¿Hace mucho tiempo, que conoceis á esas jóvenes?

—Mucho tiempo no: ellas están en casa del Señor Baron hace un mes, y es la primera vez que han venido. Pero vos, Señor Conde ¿no las habiais visto todavia? Esto me admira ¿no paseais del lado de Amagny? Un hermoso palacio; y en la inmediacion hay una aldea del mismo nombre, en que la señorita Elena hace mucho bien, visitando à los enfermos y á los pobres. Esa anciana que ha-

beis visto las acompaña; es una persona un poco rústica, pero muy respetable.

—Por respetable que sea—dijo Lionel—me parece que la señorita Eliana huye voluntariamente de su vigilancia.

—Sí; la señorita Eliana es un pájaro, que quiere volar con sus propias alas. Ella pone á prueba muchas veces la paciencia de al anciana, pero esta es una muger de mucho juicio, que sabe, cómo debe conducirse con las jóvenes ricas y caprichosas,...

—Ya no llueve—le interrumpió Lionel—y vuelvo á mi casa: buenas tardes, Gaspar; y cuando vayais á la poblacion inmediata, entrad en la fonda de la Cigüeña, y probareis un vino, que el huesped no sirve á todo el mundo.

V.

Así que llegó Lionel á su posada, abrió el cajon, en donde habia echado las cartas, que su padre le habia enviado, y entre ellas encontró una para el Baron de Amagny, que fué á entregar al dia siguiente. El Baron le recibió con amabilidad, quiso que se quedára á comer, y le propuso presentarle á la Baronesa y à sus sobrinas.

La señora de la casa y su concurrencia estaban en un salon que tenia vistas al jardin. Habia quince ó veinte personas: las señoras trabajaban cosiendo ó bordando, y los hombres rodeaban el piano, oyendo la fresca voz de Eliana, que cantaba, acompañándose ella misma Cuando entró Lionel, la jóven le

miró, y demostró sorpresa y hasta descontentó; pero luego que oyó al Sr. de Amagny nombrar al Conde Lionel de Clermont su rostro se puso alegre y su ademan risueño.

Despues de haber saludado á las personas, á quienes se le presentaba, buscó Lionel con la vista á la graciosa jóven, que habia visto en la casa del guarda. No la encontró en la reunion; pero mirando al jardin, vió bajo los árboles dos ó tres jóvenes medio ocultas por el ramaje entre las cuales le pareció ver á la amable Elena; pero no tuvo tiempo para examinar bien aquel grupo, por que la Baronesa le dirigía la palabra, y era indispensable atenderla.

Entretanto hablaba Eliana con su tio, y le preguntaba en voz baja.

—¿Quién es este recienvenido? ¿Dónde lo habeis descubierto? ¿Su título es legitímo? Y sus condecoraciones ¿dónde las ha pescado? No es mal mozo, pero parece que viene del otro mundo; y yo he visto ese rostro en alguna parte. ¿Le conoceis bien, mi querido tio?

—Pues no son pocas las preguntas—dijo el Baron riéndose.

—¿Qué, no quereis responder?

—Sí, responderé. Este jóven, querida, viene efectivamente del otro mundo, porque ahora un año estaba en Patagonia: es un marino distinguido y pertenece á una antigua familia: à la verdad su padre no posee gran cosa, pero tiene un tio...

—¿Viejo, maniaco y riquísimo á quien debe heredar?—interrumpió Eliana.

—Efectivamente es así.

—Ah! muy bien, gracias: eso era todo lo que yo deseaba saber.

—Eliana,—dijo la Baronesa—tú debias estudiar la cavatina, que vas à cantar; no olvides que tendremos mucha gente en el concierto de esta noche.

La jóven movió la cabeza y contestó.

—Tia, yo quisiera, que tuviérais la bondad de dejar el concierto para otro dia; estoy constipada.

—¿Y de cuando acà te has constipado?

—No lo sé; creo que ha sido de pronto.

—Y ¿en qué emplearemos la velada?

—En juegos de prendas, tia—dijo el Baron remedando la voz de Eliana.

Esta se sonrió, y en vez de volver al piano, fué â sentarse junto á la Baronesa y la conversacion se hizo general.

Lionel entretanto dirigia algunas miradas al grupo de jóvenes, que estaban en el jardin; y el Baron, que lo notó, dijo de pronto.

—Ahora recuerdo, que no he presentado al Sr. de Clermont á mi Elenita ¿Querreis, Sr. Conde, que os lleve adonde ella està?

El jóven se levantó al momento, y acompañando al amo de la casa al jardin, le contó, que habia encontrado á Elena en la casa del guarda, y la equivocacion, que habia padecido. Esto hizo reir al Baron, y le habló de ella á Elena al llegar adonde estaba. Elena se sonrió tambien, y saludó al Conde con afabilidad, como si hubiera concurrido con él en alguna parte.

La jóven y dos amigas suyas se ocupaban en hacer flores artificiales y estaban sentadas

al rededor de una mesa en que tenian todos sus materiales é instrumentos.

—Señoritas—les dijo el Baron—no está bien que hagais rancho aparte. ¿Por qué no os quedais en el salon como todas las demás?

—Porque aquí tenemos mejor luz, mi querido tio, y allí estorbaríamos.

—Pues en ese caso dejad esas baratijas, y venid á reir y á charlar con las otras.

—Imposible, tio; estamos de prisa.

—Pobrecitas trabajadoras, ¿para quién estais trabajando?

Elena se acercó, y le dijo algunas palabras al oido.

—Eso es otra cosa.—contestó el—y desde que se trata...

—Silencio,—dijo la jóven.

—Bueno, bueno; seré discreto. Lo que yo queria decir era, que podeis continuar vuestro trabajo, y que esto no nos impedirá hablar un rato.

Hablaron en efecto algun tiempo de cosas indiferentes. Elena solo decia de tiempo en tiempo algunas palabras, y sus amigas no charlaban tampoco mucho: pero sus voces tímidas eran cubiertas por la graciosa risa de Eliana, que sostenia la conversacion en el salon de su tia. Su interés en dejar el concierto para otra noche no carecia de motivo. Queria deslumbrar un poco á aquel Conde de Clermont, que habia mirado tan desdeñosamente, cuando no sabia quién era; y no estando segura de su habilidad en el piano, aspiraba á interesarle por su talento. Lo mejor, pues, segun ella pensaba, era pasar la velada

conversando y aunque esto no era lo que esperaban las gentes, que vinieron al palacio por la noche, la caprichosa niña consiguió su idea.

El modo con que se empleó la velada permitió al Conde tomar algun conocimiento de las personas, entre quienes se hallaba. El Baron le agradó mucho, pareciéndole un hombre de principios firmes y de moral severa, lo cual era tanto mas extraño para el jóven marino, cuanto que graduó à la Baronesa de muger frívola.

De la señorita Elena no sabia qué pensar: parecia bien insignificante esta jóven, pero ¿lo era realmente? El Conde dejó sin resolver este problema, pero no tuvo esa dificultad para juzgar à Eliana. Esta tenia, como suele decirse, el corazon en la mano, Lionel la comprendió inmediatamente, y muy pronto tambien experimentó una gran simpatía por ella. Verdad era, que le faltaba timidéz, que hablaba alto y con decision, y que lucía los dotes que habia recibido de la naturaleza; pero esto no le chocaba á un hombre, que había visitado tantos paises y que habia tratado al bello sexo en la Occeanía y en la libre América. Notaba, pues, con placer que Eliana era una jóven instruida, y conocia las cosas de que hablaba, observando tambien, que aquella jóven no pretendia brillar à costa de las otras personas, sino por el contrario las ayudaba, cuando dudaban ó no encontraban una palabra oportuna. Habia en la concurrencia de la Baronesa gentes distinguidas, pero tambien se hallaban propietarios

lugareños y mugeres mas habituadas á dirigir una casa, que á concurrir al palacio de una Baronesa; pero lejos de tratar de imponerse á estas buenas gentes, Eliana les ayudaba, cuando ellas se encontraban turbadas ó confusas, dándoles la palabra que buscaban ó concluyendo sus frases; y no lo hacía con pedanteria, sino con sencilléz, y como si fuera de la misma opinion de la que hablaba.

—No he visto nunca—decia para si el Conde—una jóven más atenta y mejor educada. No creia, que podia haber una persona que fuese tan caritativa con el prógimo.

Como era natural volvió Lionel á casa del Baron y no tardó en ser uno de los amigos de la casa. Se le trataba con suma distincion, y él tenia un gran placer en ocupar asi su tiempo. Tuvo tambien la ventaja de que el Baron le diese algunos consejos respecto al motivo, que lo habia traido al pais. El Baron conocia mejor que Lionel los procedimientos judiciales, y sabia acomodarse á las lentitudes de la justicia, que anda cojeando. Tomó interés por el jóven, fué á ver á procuradores y abogados, y gracias á su celo, los créditos, que el fogoso marino habia creido incobrables, se realizaron en no pequeña parte.

A medida que Lionel y el Baron iban conociéndose más, tenian el uno para el otro mayor simpatía. Ellos eran como los dos dedos de la mano, decia la Baronesa, que no comprendia que un jóven vivo y alegre pudiera dejar algunas veces su salon para ir á hablar á solas con un viejo.

El amo de la casa no estaba siempre pre-

sente en las reuniones, pero los concurrentes no lo estrañaban, porque les parecia el Baron demasiado serio y austero. Por otra parte la señora sabia escusarlo, diciendo, que estaba componiendo una obra sobre la agricultura, y que el librero editor le daba prisa. Fuese ó no impaciente el librero, lo cierto era que el Baron escribia un tratado de agricultura, y leia algunos pàrrafos à Lionel, que no era inteligente en aquel ramo. Con frecuencia encontraba el jóven marino à Elena en la habitacion del Baron, copiando el famoso tratado, y como hablaba poco, pensaba Lionel que tenia poco talento.

No se crea, sin embargo, que era una persona insociable. Tomaba parte en las diversiones, que la Baronesa proporcionaba á sus huéspedes: le gustaban las visitas, el baile y el paseo: pero no demostraba ardor por los placeres, ni consagraba á ellos su tiempo. Preferia acompañar á su tio y dar con él grandes paseos por el campo, aprovechando tambien algunas horas para visitar ciertas familias en la aldea. Estas distracciones tal vez no eran del gusto de su prima Eliana; por lo menos ella no las buscaba, porque no tenia un momento de tiempo. Mandaba en el palacio tanto ó mas que la Baronesa, disponiéndoio todo, arreglándolo todo, y no teniendo un momento siquiera para descansar. Despues de haber pasado en el baile una parte de la noche, se levantaba al alba, para ir de cacería, y despues de haber recorrido por mucho tiempo el campo, se ocupaba á la noche en tocar el piano ó en representar charadas.

Lionel admiraba el feliz carácter de aquella jóven, su viveza, su constante buen humor, y cada vez estaba mas seducido por aquellas brillantes cualidades, que realzaban su belleza. Así fue, que cuando escribió á su familia habló de Eliana con entusiasmo. Tenia la costumbre de escribir à sus hermanas con extension, pero aquella vez sus frases fueron tal vez mas exageradas que su pensamiento. No creia que celebrando las distinguidas y amables cualidades de aquella jóven, tuviese su carta serias consecuencias; pero el resultado fué que las tuvo, porque su padre le dirigió la carta siguiente:

«Mi querido hijo: lo que has escrito á tus hermanas me colma de alegría y doy gracias de todo corazon á la divina Providencia, por que ha oido mi súplica. En efecto lo que yo deseaba, era que conocieses y supieses apreciar el raro mérito de la señorita Revel, y que ella quisiera demostrarte un poco de simpatía. Si yo te envie á ese pais, fué solamente para que conocieras à esa jóven, lo cual hice de conformidad con su padre. Este fué el que combinó el plan, y me remitió los créditos, que tanto te fastidiaron, y que nos sirvieron de pretexto. El queria que tú vieras á su hija antes de saber, que estaba destinada para consorte tuya; y mediante que te agrada, y que manifiestas tanta admiracion de sus excelentes cualidades, puedo ya revelarte el secreto sin inconveniente. Debes saber, que solo depende de tí casarte con esa rica heredera: sus padres y tu tio estan conformes en que se haga este casamiento, lo cual me ha-

ce ser el mas feliz de los padres.

Tus hermanas, à las que he dado hoy la noticia estan muy contentas, aunque no sepan las pobrecillas, que este arreglo es para ellas una fortuna. Si te casas con la señorita Revel, no tendràs necesidad del caudal de tu tio de Vertbois, y este se lo legará por entero á tus hermanas. El Sr. Revel lo sabe y está conforme: tienes un nombre tan antiguo y un porvenir tan brillante, que el riquisimo banquero acepta todas nuestras condiciones y no desea que heredes à tu tio: le bastan tus buenas cualidades, tu titulo y tu carrera.

No hemos querido participar nuestro proyecto á los Sres. de Amagny todavía. Parece que la Baronesa tiene un caràcter algo... jóven, y el Sr. Revel, que la conoce bien, ha temido que ella no guardaria el secreto respecto de sus sobrinos; pero bien pronto no habrà que hacer misterios del asunto, y podremos hablar con franqueza de este matrimonio ¿No es así, mi querido hijo? ¿No me autorizas para pedir formalmente la mano de la jóven? Hoy por la mañana, despues de leer tu carta, pensé ir á ver à tu futuro suegro; pero despues de haber reflexionado un momento, me abstuve de hacerlo. No precipitemos nada; decidete libremente, tómate tiempo, un dia, dos, ocho si es preciso, pero no olvides, que espero tu decision con impaciencia, etc.»

Cuando Lionel acabó de leer esta carta estaba aturdido, y no podia reunir sus ideas. Dobló aquel papel y lo metió en el bolsillo, y abrió la ventana pára respirar con más facili-

dad. Estabá conmovido y aun oprimido, porque la alegría produce efectos extravagantes algunas veces. Pensaba que no tenia más que decir una palabra, para que aquélla Eliana tan bella, tan rica, tan cumplida fuese suya y pasara su vida con ella. ¿No era esto demasiada felicidad?

Y sin embargo Lionel no decia aquella palabra, estaba sorprendido, azorado, miraba correr las nubes, y oia el canto de los pájaros. ¿En qué pensaba, pues? ¿Por qué no escribia la contestacion, que su padre esperaba con tanta impaciencia? ¿Quería reflexionar sobre el asunto? En efecto, eso era lo que queria y con tanta eficacia, que no fué al palacio, à fin de pasar todo el dia en el recogimiento y la meditacion: dió luego un largo paseo solitario y volvió á su fonda al acercarse la noche. Atravesando la poblacion, notó en la calle principal un anuncio jigantesco, à cuyo alrededor se iban reuniendo numerosos lectores. El se detuvo tambien y se enteró de que en aquella misma noche se celebraba un concierto de aficionados en el teatro, en beneficio de los pobres.

Aquel teatro estaba cerrado las tres cuartas partes del año, y de consiguiente el anuncio llamaba la atencion, proponiéndose todos disfrutar del concierto. Lionel se decidió à asistir tambien, y tuvo por conveniente llegar despues que se hubiera principiado para entrar sin que se notara su presencia. Luego que pudo colocarse observó, que enfrente estaban colocados los Sres. de Amagny y sus sobrinas: Elena tenia un vestido grís con adornos azu-

les y un lazo de terciopelo azul en la cabeza, lo cual le sentaba muy bien. sin que ella demostrase tener pretensiones: Eliana sentada junto á ella tenia sobre su vestido un abrigo y en la cabeza un peinado muy complicado con muchos capullos de rosa.

Este peinado llamaba la atencion, porque ninguna jóven llevaba flores en la cabeza sino sombrero ó un lazo de cinta; y Lionel hubiera querido que la jóven que le estaba destinada no llevase los capullos de rosa: pero le sentaban tan bien, que era poco racional quejarse de que la novia fuese demasiado bella. Lionel descontento sin motivo justo miró á otra parte y se puso á reflexionar, cuando un movimiento general de los espectadores le obligó á prestar atencion, y obervando que todas sus miradas se dirijian á la escena, miró tambien y vió... á Eliana, que conducída por un caballero, y luciendo un vestido de gasa blanca sembrado de capullos de rosa, se sentó al piano, se quitó con presteza sus guantes, y extendiendo sus hermosos brazos desnudos sobre las teclas, preludió y cantó despues con una voz fresca y armoniosa la *Margarita hilando al torno, de Schubert.*

Lionel arqueó las cejas y se mordió los lábios, y cuando estallaron los aplausos, y toda la concurrencia manifestó con pasion su entusiasmo, no pudo tener mas paciencia, y se levantó y salió sin ocultar su descontento; pero como si hubiese allí un iman que lo atrajera, volvió al teatro á los diez minutos y ocupó de nuevo su sitio. Eliana habia vuelto al suyo y hablaba con su prima, sin que de-

mostrase notar que todas las miradas estaban fijas en ella. ¡Qué hermosa estaba con su rostro animado, su graciosa sonrisa y su ademan sencillo y modesto! Lionel no la habia encontrado nunca tan bella, y sin embargo continuaba frunciendo las cejas, muy léjos de admirarla y de manifestar satisfaccion. Aquel hombre estaba pensando entonces—¿Qué voy á hacer en mi modesta casa de esta maravilla?

Reflexionando sobre esta idea continuaba mirando á las dos primas, y establecia comparaciones entre las dos, que no siempre eran ventajosas para Eliana. Sin embargo no pensaba oponerse à los deseos de su padre, porque aquel matrimonio no solo le traia grandes ventajas, sino que era muy útil para sus hermanas. Estas no tenian dote, y no podrian contar con la herencia del Baron de Vertbois, mientras no tuviera Lionel una posicion brillante. El Sr. Vertbois era un noble del antiguo régimen, y sostenia la opinion de que el mayor de los hijos, el futuro gefe de la família, el heredero del nombre y del título, debia ser rico, aun que fuera en detrimento de sus hermanas, y puesto que la ley y la ternura paternal no permitian al Marqués de Clermont desheredar á sus hijas, el tio, que era un hombre terco en sus opiniones, habia resuelto dejar todo su caudal á Lionel. Casandose este con Eliana hacia variar la cuestion, y poniendo á sus hermanas en el caso de quedar bien dotadas y poder contraer matrimonios ventajosos ¿debia dudar en su resolucion?

—Mañana escribiré á mi padre—pensó él suspirando y mirando à Elena.

VI.

Al dia siguiente fué á pasearse por los bosques, por que como el correo no salia hasta la tarde, no tenia necesidad de escribir temprano. Visitó el prado donde habia visto a Eliana la primera vez á caballo, y entretenido con sus pensamientos se dirigió á la casa del guarda Gaspar, y lo vió desde lejos ocupado en desollar un lebratillo.

—Señor Baron—gritó Gaspar alegremente viendo à Lionel—ahí viene el Señor Conde de Clermont.

—¿Pensais ir al palacio?—le dijo el Baron de Amagny—No os lo aconsejo, porque todos están allí en un pié y corriendo de una parte para otra. Anoche decidió Eliena, que se fuese á comer hoy á las ruinas del castillo, del lado allá del rio: pero como se habia velado hasta tarde, nadie queria levantarse hoy temprano. Vos habeis estado en el concierto, os ví ¿porqué no habeis ido á dar la enhorabuena à Eliana? ¿No es verdad que cantó perfectamente? Fué una sorpresa que quiso hacer à sus amigos, porque solo estaban en el secreto mi consorte, Elena, yo y los que habian organizado el concierto. Tal vez no os haya parecido bien, que yo hubiera permitido á esa niña presentarse así en el escenario de un teatro. Bastante lo resistí, y si la Baronesa no hubiera insistido tanto.... Ella y Eliana dicen que no soy de mi época, y verdaderamente no lo soy. Decidme ¿es aquel el lugar propio de una jóven modesta? Pero volviendo

al proyecto de fiesta de hoy, todo está desarreglado. Los criados no saben què hacer, ni á qué acudir, y estas partidas de campo pensadas con tan poco tiempo dan mucho que hacer à los sirvientes con poco placer de los amos. Viendo tanta confusion, Elena y yo nos hemos salido al campo en ayunas, y hemos venido á pedir de almorzár al guarda. Si quereis creerme, quedaos con nosotros y despues de medio-dia iremos à reunirnos con nuestros amigos en las ruinas. ¿Dudais? ¿Os parece frugal nuestro desayuno? Un lebratillo y una carpa. Esto no deja de ser una tentacion.

Y lo era en efecto para Lionel, que no se hizo de rogar más que por cumplimiento. El Baron le ofreció una silla, pero antes de sentarse fué el jóven á saludar á Elena en la cocina. Estaba ella haciendo una tortilla en una enorme sarten, y se reía de corazon, mostrando su hermosa dentadura.

—Ah! si mi padre viese á esta graciosa Elena!—pensó Lionel con alguna tristeza.

—¿Qué os parece la sarten del guarda?—le preguntó el Baron—¿No es verdad que es una gran cosa en su género? Pues no es solamente el buen utensilio, que posee el guarda. Esta casa era en otro tiempo el lugar de cita de los cazadores, y mi abuelo puso aquí una porcion de antiguallas, que hoy estarian de moda.

Lionel miró la sarten, y dijo que era magnífica. La tomó, hizo saltar la tortilla y lo egecutó con destreza.

Elena aplaudió el lance, y Gaspar admira-

do exclamó, que el Señor Conde era práctico en el arte. El jóven confesó que habia hecho una tortilla con huevos de pingüinos en una isla de la mar del Sur; y preparado ya el almuerzo, se sentaron los tres al rededor de una mesa rústica. Nunca habia visto Lionel à Elena tan animada y tan alegre, pareciéndole que la veia màs agraciada que otras veces, por que hablaba, reía y demostraba, una amable confianza. Por su parte la jóven encontraba al marino más expansivo y franco que otras veces, y aunque á él no le gustaba hablar de sus aventuras y de sus viages, en aquella ocasion estuvo refiriendo con gracia cosas interesantes.

La tarde estaba templada, y los tres convidados comieron con buen apetito. Despues hizo Elena sentar al guarda y le sirvió su respectivo almuerzo. Era ya cerca de la una, y la jóven le dijo á su tio:

—Me parece que debemos volver á casa, si hemos de ir â las ruinas del castillo, adonde han ido nuestros amigos.

—Seria màs oportuno no ir, porque al ver las nubes, me temo que más tarde pueda llover.

Esta observacion la hizo el Conde, pero el guarda contestó:

—Dispensadme, Señor, hoy no lloverá.

—¿Qué sabes tú?—le preguntó con mal humor el Baron, que estaba fatigado y no queria ir á las minas—¡Vaya un nigromante! Yo sostengo, que el tiempo no está seguro, y que haríamos mucho mejor en continuar aquí, que en ir â tragar el polvo de los caminos.

—En efecto—exclamó Lionel—por mi parte la excursion no me interesa ¡He visto tan gran número de castillos en ruinas!

Se quedaron pues, allí y hablaron algun tiempo. El Baron dió margen con sus reflexiones, á que Elena manifestara sus conocimientos en el arreglo y direccion de una casa, y lo hizo con tanta oportunidad y tanta modestia, que su tio no pudo ménos de celebrar su talento. La jóven se ruborizó y manifestó que allí hacia calor, y que seria mejor dar un paseo por el bosque. Convinieron en ello el Baron y el Conde, y dudando qué direccion tomarian, propuso Elena que se comprometieran á seguirla adonde ella quisiera conducirlos. Estuvieron conformes, diciendo el Baron que por su parte no tenia dificultad, con tal que no los llevara muy lejos.

Ella los guió por un camino, que permitia que fuesen uno al lado de otro, y con este motivo los dejó hablar, yendo ella ocupándose en coger algunas flores que encontraba ya por una parte ya por otra. Al verla, no podia el Conde dejar de admirar su gracia y su ligereza, y cuando la jóven se volvia para mirar á su tio y sonreirle, era imposible dejar de calificarla de linda,

Dejando despues el camino y saliendo del bosque se dirigió por un prado á la Iglesia de la aldea, cuya puerta estaba abierta. La campana convocaba á los fieles, y el sacristan encendia las velas del altar.

—¿Qué fiesta se celebra aqui?—preguntó el Baron á su sobrina.

—Es la fiesta de San Lucas, el patrono de

la poblacion. La solemnidad está trasladada al Domingo inmediato, pero esta tarde hay bendicion con el Santísimo Sacramento, y si os parece bien, querido tio, seremos nosotros los que cantaremos los motetes.

Elena puso las flores, que habia cogido, al pié del altar, y subió á la tribuna, adonde la siguieron el Baron y Lionel. Allí junto al organo estaba el maestro de escuela del lugar rodeado de sus alumnos. Elena le dijo:

—¿Veis como sé cumplir mi palabra? Y os traigo reclutas.

Tomó un cuaderno de música, y presentándolo à su tió, le preguntó.

—¿Podreis cantar esto sin ensayo?

—Sin duda—le contestó el Baron, que tenia una excelente voz de barítono.

Lionel era tambien buen músico, y la jóven no lo ignoraba, porque le habia oido cantar duos con Eliana. El sacristan se puso à mover los fuelles, y Elena se sentó, puso sus manos sobre el teclado y tocó con tanto gusto como expresion un trozo bastante difícil, mientras los fieles se reunian. Despues cedió su lugar al maestro de escuela, y tomó su parte en aquel piadoso concierto. La voz de la jóven era tan dulce, tan suave y tan propia de las circunstancias, que invitaba á la oracion, y el timbre de su canto resonaba armoniosamante bajo las bóvedas de la Iglesia. Lionel la oia con una emocion inexplicable, porque le recordaba à la virtuosa madre, que habia perdido. La Marquesa de Clermont tenia mucho gusto en concurrir á las fiestas religiosas, y no se desdeñaba de cantar en ellas.

—La funcion està terminada. Vamos cuando gusteis—dijo el Baron á Lionel.

Salieron, en efecto, y el maestro les siguió, pero Elena se quedó un rato orando en un rincon de la tribuna. Cuando atravesaron la Iglesia, Lionel no pudo menos de decir, que no habia visto Iglesia de aldea adornada con mas gusto y elegancia, y el maestro le respondió:

—Es que tenemos en el palacio un señor muy generoso, y además la señorita Elena se ocupa del adorno de nuestra Iglesia: todas estas flores artificiales, que veis, son obra de sus manos.

—¿Era en estas flores en lo que aquellas señoritas trabajaban el dia que fuí á vuestra casa por la primera vez?—preguntó Lionel al Baron.

Este hizo un signo afirmativo, y el maestro de escuela indicando con la mano el cuadro de San Lucas pintado al óleo, dijo:

—Este es tambien un regalo hecho por la señorita Elena.

—Sí—agregó el Baron—la querida niña lo pintó en casa de su padre, para traérnoslo, y asi es como ella ha agradecido nuestra acogida. ¿No es verdad que no está mal para una jóven? Yo se lo he hecho ver á un inteligente, y lo ha celebrado.

Lo creo muy bien—respondió Lionel—esa señorita tiene un verdadero talento: yo me ocupo tambien en pintar, pero nunca he hecho una cosa que pueda compararse con este cuadro.

—¿De veras? pero aquí viene ya Elena: sal-

gamos y hablemos de otra cosa. Es una muchacha muy desconfiada, detesta los cumplimientos, y cree muy dificilmente que sean sínceros los que se le dirigen.

Era necesario atravesar el pueblo de Amagny, lo cual no agradaba á Elena, que insistia en tomar una senda por medio del prado.

—No, no—le dijo su tio—no podemos ir pisando la yerba, por que hay mucho rocio; pasaremos por el pueblo y daremos las buenas noches á nuestros amigos los aldeanos. Yo se muy bien, que esto te contraria—agregó él riéndose—pero ¿quién tiene la culpa? Tú recojes lo que has sembrado.

Lionel no tardó en comprender, que eran beneficios los que Elena habia sembrado, y alabanzas lo que ella temia recoger. Desde que entró en el pueblo todos los que ella habia socorrido ó favorecido vinieron á ofrecerle su tributo de agradecimiento; unos impulsados por un sentimiento irresistible de gratitud, y otros, los mas numerosos tal vez, con la esperanza de obtener nuevas limosnas. La jóven les respondia con bondad pero brevemente y pasó de prisa.

Lionel, que la habia visto ruborizarse, y demostrar una amable turbacion, tuvo buen cuidado de no hacer alusion alguna á aquel incidente; pero estaba conmovido y aquel dia decidió su suerte. Su resolucion estaba ya tomada; era Elena la que él queria por compañera, y la que habia amado desde el primer dia, segun comprendia ahora; era Elena la que en su concepto podia hacerle feliz.

No dejaba de considerar que habia obstá-

culos para este matrimonio, pero no le parecian insuperables. En primer lugar esperaba que la jóven no rechazaría su pretension, por que sus caracteres simpatizaban; en segundo creia que el Marqués su padre daria su consentimiento, y que si experimentaba algun disgusto, por verse obligado á renunciar á su proyecto, se consolaria bien pronto, cuando conociera á Elena y cuando pudiera compararla con la orgullosa, vana y ambiciosa Eliana.

En este arreglo no habia mas personas perjudicadas que las señoritas de Clermont hermanas de Lionel; pero este pensaba que tambien podia remediarse aquella dificultad. Se proponia decidir á su tio el Sor. de Vertbois á fuerza de ruegos y súplicas, á que dotara á las tres jóvenes, y él por su parte renunciaria en favor de ellas la herencia materna. Esto por entonces; pudiendo pasar con su sueldo, por que Elena tenia gustos é inclinaciones conformes á su modestia. Mas tarde cuando heredase el gran caudal de su tio, Lionel les daria á sus hermanas una parte de él. No habia, pues, ningun motivo serio, que le impidiera casarse con la jóven que él amaba, y resolvió ir desde luego á ver á su padre para hablarle con entera franqueza.

VII.

Lionel no podia volver á París sin despedirse de la familia, que lo habia acogido tan cordialmente. Fué, pues, al palacio, pero no encontró en él mas que á la Baronesa, porque

el Baron y las sobrinas comian en casa de un propietario de las inmediaciones. El jóven no tenia la intencion de franquearse con aquella señora, á quien consideraba como una muger frívola, pero ella, admirada de su inesperada partida, le habló con tanta destreza, y le hizo preguntas tan capciosas, que él no pudo defenderse, y le dejó adivinar una parte de su secreto. El Baron volvió con sus sobrinas ya bien adelantada la noche: ellas venian muy alegres, pero muy cansadas, y se retiraron más temprano que de costumbre á sus respectivas habitaciones. La Baronesa no tuvo por conveniente decirles, que Lionel habia venido á despedirse, pero cuando Eliana vino à abrazarla para darle las buenas noches, le dijo al oido—Tengo que darte una gran noticia; veu mañana temprano á mi dormitorio.

La jóven durmió poco, pensando qué noticia seria la que se le anunciaba con tanto misterio, y apenas salió el sol, corrió á la habitacion de su tia, pero esta se hallaba sepultada en un profundo sueño, por lo que tuvo Eliana que aceptar mal de su grado la invitacion de su tio, que le indicaba viniese à calentarse á su gabinete de trabajo, interin despertaba la Baronesa.

—Niña—le dijo, viéndola impaciente—te has levantado bien temprano ¿qué piensas hacer hoy?

—Creo que iremos á cazar, mi querido tio: nuestros amigos hablaban de eso anteayer, y si mi tia no está fatigada....

—Todavia volver a cazar!—interrumpió el

Baron un poco descontento—Siempre por montes y valles: ni tregua ni reposo: esa es tu divisa ¿Es posible que halles gusto en vivir en una agitacion contínua?

—¿Gusto, mi querido tio? No lo tengo, creedme. Estoy fatigada, cansada; esto es no vivir: ¿Creeis que despues del viage que hicimos anteayer, no hubiera tenido un gran placer en dormir la mañana? Pues bien; es necesario levantarse al alba y ¿para qué? ¿Para matar una desdichada liebre? ¡Pobre animal! yo sufriré tanto como él. Verdaderamente la pasion, que tienen vuestros amigos por la caza degenera en frenesí.

—Pues si esa es tu opinion, ¿por qué te obstinas en participar de esas diversiones?

Ella bajó la cabeza y no respondió: el Baron despues de mirarla un instante en silencio, le dijo con gravedad:

—Hija mia, te empeñas en seguir un mal camino, que no puede llevarte á buen fin, y que no tendrá el resultado que deseas. No es ventajoso para una jóven pasar por original y excéntrica, y ponerse en evidencia. Te vas formando una reputacion poco favorable, y si quisieras imitar á tu prima....

—¿A mi prima?—exclamó Eliana con un poco de mal humor—Decis lo que os parece, mi querido tio ¿se pueden establecer comparaciones entre mi prima y yo? ¡Son tan diferentes nuestras posiciones en el mundo! Cuando se tiene como ella un millon de dote es muy facil representar el papel de una modesta violeta; pero yo pobre jóven sin bienes algunos.....

—Pues eso es justamente lo que me disgusta. No tienes un cuarto, y pasas apuí por una jóven pudiente.

—Y bien, tio ¿en qué está el mal? Si se me cree rica no es por culpa vuestra ni por la mia: no hemos dado lugar à que se forme esa opinion, de consiguiente dejémosla correr.

—Pero se debe desengañar á los que están en un error, y no permitir que continúen en él.

—Pues eso es lo que hacemos. Si se nos pregunta sobre el hecho en cuestion respondemos francamente la verdad. Cuando el señor.... (he olvidado su nombre) cuando ese jóven que tiene tan hermosa cabellera, me hizo el honor de pediros mi mano, recuerdo que le respondisteis—Ante todo debo deciros, que mi querida Eliana no tiene caudal alguno.

—Y él echó à huir, y corre tal vez todavia—dijo el Baron sonriéndose con amargura.

—Buen viage—contestó la jóven, esforzándose por aparentar indiferencia—él no me convenia enteramente. Tiene sin embargo una buena cualidad, la discrecion, porque á nadie le ha dicho lo que ha pasado.

—Pero sin embargo se continúa creyendo que eres rica, y eso es lo que yo no quiero. Si hubiera presumido semejante cosa, habria ya bastante tiempo que hubiera desengañado á mis amigos. No lo he sabido hasta ahora pocos dias, y no tenia la menor sospecha.

—Ah! querido tio; que rígido sois! ¿Qué

inconveniente hay en dejar correr esa idea? ¡La cualidad de rica que se me atribuye me conviene tanto! Dejadme hacer ese papel todavía por algun tiempo.

—Pero ¿qué provecho sacarás tú de continuar haciéndolo?

—Creedme, tio; no dudeis de que el provecho corresponderá al trabajo que emplearé por mi parte. ¿Os sonreis? Dejadme explicar mi pensamiento. ¿Creeis que si se supiera la verdad disfrutaría yo de la posicion que ocupo en este palacio? ¿Creeis que atraería yo la atencion, que se me haria la corte, y que se me tendrian tantas consideraciones? Ciertamente no, y la prueba es evidente. Mirad á mi prima, que vale cien veces más que yo: dicen que es pobre, y basta esto para que nadie se ocupe de ella, ni observe sus relevantes cualidades. Es una perla preciosa, y pasa completamente desapercibida. El error, pues, en que están vuestros amigos, me permite ostentar mis escasas dotes, mi escaso talento, mis cualidades naturales; y como esto es lo único que poseo, debeis comprender...

—Lo que yo comprendo, es que te preparas sinsabores y disgustos. Me parece que el desengaño, de que hablábamos hace poco, debia hacerte más circunspecta.

—Yo no he tenido desengaño ninguno—replicó con cierto orgullo la jóven—y me parece que todos vuestros amigos no son codiciosos como el jóven de la hermosa cabellera.

—Elena, Elena; te engañas; te repito que te engañas.

—Tio, yo trato de asegurar mi porvenir. Si vuelvo à casa de mi padre, sin conseguir establecerme, será para habitar allí hasta que se me pueda conseguir un empleo de maestra ó de aya de señoritas, en alguna casa pudiente: la perspectiva no es muy alegre.

El Baron la miró con aire severo y descontento.

—¿No tienes más que esa alternativa?—le dijo—¿No puedes establecerte de una manera conveniente en la poblacion, en que has nacido?

La jóven se sonrojó, y respondió con voz fuerte.

—No, señor, convenientemente, no.

La Baronesa oyó la voz, y la llamó diciéndole—Eliana, ¿eres tú, àngel mio?

—Ya tienes á tu tia despierta: vé á darle los buenos dias, y reflexiona un poco sobre lo que te he dicho. No desees cosas imposibles; conténtate con la posicion, en que Dios te ha colocado, y abandona esas ilusiones, que tienes en la cabeza.

Eliana bajó los ojos, suspiró y pasó al cuarto de su tia, que al verla le dijo:

—¿Qué tienes? Pareces triste hoy.

—Mi tio acaba de predicarme un sermon. —respondió la jóven, abrazàndola afectuosamente.—A pesar de nuestras precauciones ha adivinado, que paso yo aquí por la jóven rica, y esto le desagrada y quiere desengañar á nuestros amigos.

—Pues déjale hacer lo que quiera—le replicó la Baronesa con ademan de triunfo. ¿Qué importa, que sepa la verdad? Nosotras

hemos conseguido nuestro objeto.

—¿Nuestro objeto?—dijo Eliana poniéndose colorada de placer y de temor.—¿Os habrian venido á pedir mi mano?

—No precisamente; pero es como si la cosa estuviera hecha. Ayer recibí á un jóven... ¿por qué no diré su nombre? el conde de Clermont; que me dijo algo en confianza...

—¿El conde de Clermont?—dijo la jóven mas contenta que admirada—y ¿qué os ha dicho?

—Me ha dado á entender, que te ama, y que no se casará mas que contigo.

—Sin duda me cree rica—murmuró Eliana pensativa.

—No, hija mia, y eso es lo que debe colmarte de orgullo y de alegria; sabe él que eres pobre.

—¿Lo sabe, tia? y ¿quién ha podido decírselo?

—El no me lo ha explicado de una manera clara: estaba conmovido y hablaba con ciertas reticencias. Sin embargo crei comprender, que no ignora nada de lo que te concierne, lo mismo que de lo relativo á tu prima. Parece que conoce á tu tio Revel; pero ¿qué importa, que se lo haya dicho este ó aquel? El lo sabe todo, que es lo esencial, hoy mismo va á ver á su padre para suplicarle que consienta en su matrimonio contigo.

—¿Es posible, mi querida tia? Pero ¿si su padre rehusase el consentimiento...?

—No, niña; no temas eso. Lionel está seguro de que su padre no le impedirá buscar la felicidad en un matrimonio tan conven-

te; pero dime con franqueza ¿te gusta ese marino?

—Sí, señora, me agrada mucho, y me parece muy conveniente bajo todos conceptos —contestó Eliana seria y pensativa.

—Y me parece, que tú esperabas que ese jóven tomase tal resolucion. Desde que llegó lo habias deslumbrado.

—Creo, que efectivamente me habia distinguido—dijo la bella Eliana con cierta modestia—pero hace quince ó veinte dias, que me ha parecido ménos solícito, un poco frio y algo pensativo.

—Bien; eso se explica facilmente: cuando un hombre trata de casarse, y tiene juicio medita mucho el paso que vá á dar.

—Teneis razon, mi querida tia; y ¿creeis que su ausencia será larga?

—Me parece que no, y que lo veremos dentro de algunos dias. Deseo eficazmente, queocupes el rango propio de tu educacion y de tus brillantes cualidades. Yo tenia formados grandes designios para establecerte, pero no podia desear una cosa mejor: tendras un título, un nombre antiguo, una posicion envidiable, y cuando tu marido herede al Baron de Vertbois, serás casi tan rica como tu prima: nada faltará á tu felicidad.

—Lo espero ási, mi amada tia, pero sin duda nada habeis dicho á mi tio, por que en la conversacion, que acabo de tener con él, me ha aconsejado la resignacion, la humildad y todas las virtudes de esta clase.

—No; no le he dicho nada, y queria verte antes, temiendo que él me encargara que no

te hablase del asunto—respondió la frivola y ligera Baronesa, que transigia asi con su conciencia—y ahora dame un abrazo, niña, y deja que me vista.

—¿Para ir de caza, señora?

—Enhorabuena, para ir de caza, si tú tienes gusto en ello.

—¿Yo? nada de eso ¿Qué me importa ya ir á cazar? Como habeis dicho, he conseguido mi objeto, y deseo descansar.

—Pues quedémonos en casa, y vivamos más tranquilamente. Sin embargo será indispensable dar de almorzar hoy à nuestros cazadores.

—Pase por el desayuno; pero en lo sucesivo, supuesto que este género de vida bullicioso no os agrada, como tampoco me agrada á mí, nos iremos desembarazando poco à poco de estos importunos. Pero todavia tengo que deciros una palabra ¿me permitis que indique á Elena lo que me habeis manifestado?

—Como quieras; pero me parece, que haríamos mejor en guardar silencio por algunos dias.

—Teneis razon: esperemos que el Conde se decláre expresamente.

Esperar era fácil de decir, pero dificil de hacerlo. El secreto pesaba á Eliana tanto à lo menos como al barbero del Rey Midas, y si ella no se lo dijo à las cañas, lo repitió por dècima vez á las paredes de su cuarto, cuando pensó tomar otra confidente, que pudiera responderle, felicitarle, y admirarse de su fortuna. Tomó, pues, la pluma y escribió lo siguiente:

«Mi querida Julieta: No pienses que te he olvidado. Pienso en ti sin cesar, en tu madre, en tus hermanas, y frecuentemente en Máximo. Si no te he escrito antes, ha sido porque he estado ocupadísima, y aun para escribirte esta me hallo en la necesidad de emplear el tiempo preciso que tengo para peinarme y vestirme. Pronto llamarán á almorzar, y me presentaré con mis rizos naturales y una bata azul sin adorno ninguno, lo cual hará que parezca una de las heroinas desconsoladas de las novelas antiguas, pero cuando entre en el comedor no podràn menos de admirarse al verme. Aunque llevase una crinolina, como ahora quince años, no dejaria de llamar la atencion: pero eso no me causa orgullo, porque ¿sabes tú, mi querida Julieta, lo que me proporciona tantos homenages? Pues son las plumas de pavo real con que han querido adornarme. Figúrate que se me toma por la jóven rica, y á mi prima Elena por la jóven sin dote. Como se ha formado esta opinion, no lo sé; pero es bien seguro, que al venir aquí no teniamos la intencion de engañar á nadie.

Era nna hermosa mañana de Julio, cuando llegamos á Amagny: mi querida prima, con sus vestidos modestos, su gracia, su seriedad y su excesiva reserva que le impide sacar partido de sus excelentes cualidades: yo, con mis lujosos vestidos, mi pelo rizado, mi alegre charla, mi risa sonora, y mi aire de tronera y bullebulle, que está de moda. Al momento dijo cada uno para sí—esta es lá rica, y aquella la pobre. Sin duda en este pais conocen á La Bruyere, que en sus caracteres

dice—Cliton tiene la cara alegre; se rie á carcajadas; es impaciente; presuntuoso; se cree sábio; y decide de todo con libertad: *este es rico*: Fedon no se escucha, no se rie continuamente; manifiesta atencion à lo que otros dicen, y es de su opinion, y està pronto à servir á los demás: *este es pobre*. Julieta, La Bruyere es gran moralista, yo no soy mas que una niña sin experiencia, y sin embargo sé que el rico no es siempre vano, orgulloso, presuntuoso: y que el pobre no es precisamente humilde, afable, sencillo y servicial. Pero esas son excepciones, y en Amagny no conocen al parecer mas que la regla general.

Mi prima no ha traido doncella, por que yo no la tenia: hemos venido solas con nuestra tia la Baronesa, y de consiguiente nadie ha podido rectificar el error de estas gentes. Ni aun nosotros podiamos haberlo hecho, porque durante mucho tiempo ignorábamos el error, que padecian; y cuando hemos llegado á saberlo, mi prima muy contenta rogó á nuestra tia, que no dijese nada y que dejase correr la opinion, que se habia formado. Tú sabes que esta modesta jóven se figura que en París era solicitada en matrimonio por su caudal, y desea presentarse y continuar aquí sin ese brillo pérfido.—Yo sabré de ese modo lo que valgo realmente—nos decia riéndose.

Pero no creo que tenia yo necesidad de decirte, que el error me causaba màs placer que á mi prima. No puedes imaginarte cuantos homenages y adulaciones me traia esa idea. Se principió á rodearme de consideraciones, y continúan nuestros amigos disputándose mis

miradas y la más pequeña distincion, que yo les haga. Soy aquí la reina, y gobierno à mi capricho. Pero me dirás, que este reino es efímero, y que muy pronto tendré que dejar el cetro. Verdad es; pero será para tomarlo en otra parte, para brillar en una escena mas alta, y para dominar en una sociedad mas escogida. Voy à hacer lo que se llama un gran casamiento. El que và à pedir mi mano reune todas las ventajas, que el mundo envidia; nacimiento, riqueza, título, posicion, mérito, talento; y este individuo que reune tantos y tan preciosos dones será el marido de la pobre Elena Revel. Me parece que estoy soñando. Soy tan feliz, que me apresuro á trazar estas lineas, para que lo sepas y te congratules conmigo.

No puedo escribirte màs: mis respetos à tu buena madre; mis afectos à toda la familia, y no dudes de que en cualquiera posicion en que la divina Providencia me coloque, seré siempre, mi querida Julieta, tu más fiel y afectísima amiga—Elena.»

«P. D. Contéstame pronto y dirije tu respuesta á *la Señorita Eliana Revel*. Asi es como me nombran aquí, y en Paris ya se pronunciaba y se escribia así mi nombre para distinguirme de mi prima, que se llama Elena tambien como nuestra abuela, que fué madrina de nosotras dos.»

Tres dias despues recibió Eliana, no la respuesta de Julieta, sino una carta de su madre la Sra. Chervis. La abrió con cierta conmocion, porque sabia que aquella respetable muger no tenia costumbre de escribir, y que

era necesaria una circunstancia importante para que se decidiera á dirigirse à sus amigos.

«Mi querida niña (decia la buena señora) hemos recibido vuestra carta en la reunion de la familia, y agradecemos vuestro afecto. Julieta os contestarà pronto, y entre tanto tomo la pluma à instancia de mi hijo para hablaros de un asunto muy serio. Sabeis, querida Elena, que deseábamos casaros con Màximo, aunque no tuvierais dote; pero no creisteis poder hacer la felicidad de mi hijo, ni que este pudiera hacer la vuestra, y estais en circunstancias de contraer otro matrimonio. No conviene, pues, volver á hablar de nuestro proyecto, y es necesario que mi hijo acuda á otra parte, si ha de establecerse. Nuestra parienta la Sra. Nicol nos habla frecuentemente de la señorita Genoveva Berlier, la hija del adminstrador de la propiedad de Vertbois, y hace tan gran elogio de esta jóven, que tendria yo sumo gusto en que Màximo se casara con ella, mucho màs siendo rica, lo cual es muy util en un matrimonio. La prima Nicol asegura, que el Sor. Berlier acogerà favorablemente la solicitud de mi hijo; pero este no quiere dar un paso antes de haberos prevenido, aunque entre vosotros no haya compromiso alguno. Respondedme, pues, á vuelta de correo, porque no seria decoroso, que despues de haber hecho presumir la idea de este matrimonio al Sr Berlier, se pudiera suponer, que dudábamos de llevar adelante el proyecto. Yo deseo aprovechar la ocasion, que es excelente, y mientras no reci-

bo la respuesta, pido à Dios que os conceda todas las prosperidades que podeis desear.—*Claudina Chervis*»

La frente de Eliana se nubló al leer esta carta y sus megillas se cubrieron de un encarnado muy subido. ¡Estaba tan distante de recibir, una noticia semejante! ¡Era posible que Màxîmo pensara casarse con otra cuando apenas hacia tres meses....—*Oh inconstancia del corazon humano, que no puede fijarse màs que en Dios*—ha dicho el piadoso autor de *La Imitacion*. Pero la jóven no pensaba en leer *La Imitacion*; habia quedado sorprendida. y humillada, arrugaba la carta entre las manos, y lloraba de despecho, porque cada renglon, cada palabra le demostraba que la Sra. Chervis deseaba ardiéntemente casar á su hijo con Genoveva, y aquella muger de talento y de mucho juicio preferia una jóven bien criada, pero que era ignorante y nada linda, á la brillante Eliana tan felizmente dotada por la naturaleza. Pasado el primer momento de despecho, escribió á la Sra. Chervis, que Máximo era perfectamente dueño de su voluntad, para casarse con quien tuviera por conveniente, y que ella le daba la enhorabuena de su acertada eleccion. Sin embargo despues de enviar la carta al correo, quedó triste é inquieta. Si el Conde no volvia; si su padre no prestaba el consentimiento; y si debia ella volver á su casa como habia venido ¿qué era lo que podria hacer en seguida? Hasta entonces el pensamiento de dejar à su padre y â su familia para buscar un modo de subsistir penoso, no la habia asustado, por-

que; en fin, allí estaba Máximo pronto á casarse con ella; pero casado ¿qué podría esperar?

VIII.

Quince dias habian transcurrido desde la marcha de Lionel, y á Eliana le parecia, que habia pasado un año. La Baronesa se reia de sus temores, y le decia alegremente—La falta de noticias es una buena noticia—pero hablando de este modo, afectaba mas confianza de la que tenia realmente. Cuando esta muger bastante ligera y poco perspicaz contó á su marido lo que Lionel le habia confiado antes de marcharse, el Baron habia hecho un gesto desagradable, diciéndole, que ella se engañaba, que habia comprendido mal, y que si el Conde de Clermont pensaba casarse con una de las dos primas, no era seguramente con Eliana. Agregó que no debia hablarse de esto en presencia de las jóvenes, pero el consejo llegaba tarde, y la Baronesa conociendo la imprudencia, que habia cometido, sentia no haber guardado silencio. Sin embargo su confianza no estaba perdida, porque creia, que las esperanzas que habia hecho concebir á su querida Eliana se realizarian tarde ó temprano.

Pero vino el padre de Elena, el Sr. Revel menor, á desengañarla. Llegó al palacio una mañana, cuando menos se le esperaba, y aunque su venida sorprendió á todos, no inquietó á nadie, porque se adivinó bien pronto al ver su alegria, que nada malo habia sucedido.

Recibiéronlo los dueños de la casa con cordialidad. Eliana con afecto y Elena con una alegría tierna y expansiva. Así que pasaron los primeros cumplidos abrazó á su hija tres ó cuatro veces; la hizo sentar á su lado, y demostró tanto placer en volverla á ver, que el Baron le dijo suspirando:

—Desde luego preveo, que nos quereis quitar á esa querida niña.

—Es indispensable—contestó Revel—vamos á casarla,

Elena hizo un gesto de sorpresa y casi de susto, exclamando:

—Pero, papá ¿no me habiais prometido dejarme en completa libertad respecto de este punto?

—Y tu has hecho un buen uso de esa libertad!—contestó el padre riéndose—sí, has empleado bien el tiempo que has venido á pasar aquí! Pues ¿no has vuelto loco à un excelente jóven, que nos fue à ver à Paris en un estado, que lo desconocíamos?

—El Conde de Clermont!—dijo el Baron al momento.

—Exactamente, Lionel de Clermont. Ya ves, hija mia, que no he tenido que nombrarlo yo, y de consiguiente que no te he acusado sin justicia.

El Baron se estregaba las manos, y decia alegremente.

—¿Con que es con Lionel con quien vais à casarla? Pues me creereis, si lo teneis á bien yo presumia que las cosas habian de llegar á ese punto.

—Pero, primo—dijo la Baronesa mirando

à Elena, que estaba pálida como una muerta —¿estais bien cierto...?

—¿Que el Conde de Clermont quiere casarse con mi hija?—interrumpió el Sr. Revel riéndose—Sí, ahora estoy seguro: cuando dudé, fué cuando ese jóven llegó á Paris, porque no nos entendiamos. ¿Que farsa es la que habeis jugado en este palacio? Habeis dicho á nuestros amigos, que mi querida Elena no tenia un cuarto.

—No, primo, nuestros amigos son los que formaron esa idea equivocada.

—¿No decia yo, que eso podia tener inconvenientes?—exclamó el Baron.

—Está bien lo que acaba bien. Pero nos hemos expuesto y aventurado mucho. Sabed que el Marqués de Clermont y yo habiamos resuelto, sin decir una palabra á nadie, casar à Elena con Lionel. Hacia tiempo, que este se hallaba por este pais, cuando su padre le hizo conocer sus intenciones, y cátate á nuestro jóven desconsolado. El creia que sé trataba de....

Al llegar á esta expresion el Sr. Revel se detuvo de pronto, y miró à su sobrina con sentimiento y tristeza.

—Dispénsame, Eliana, mi querida niña—le dijo—lo siento mucho: me olvidaba en un primer movimiento de expansion..... Hablemos de otra cosa.... Elena y yo hablaremos despues.

—No, tio,—replicó la jóven esforzàndose en dar seguridad à su voz, y ocultar su temblor—decidlo todo; os lo ruego. ¿Por qué os habia de incomodar mi presencia? ¿No soy de

la familia? Amo à Elena como si fuese mi hermana, y esto me interesa tanto como á ella. El Conde creia que era yo la jóven rica con que se pensaba casarle, y sin duda fué á decir á su padre, que temia contraer semejante matrimonio.

Nada de eso, mi buena Eliana: no exageres: él dijo solamente que amaba á una jóven tan virtuosa como pobre....

—Por favor, querido padre.....—murmuró Elena poniéndose encarnada como la grana.

—Bueno, no diré mas: no es conveniente repetir delante de tí el elogio, que él hizo de tí á su padre: pero este no queria acceder, y se enfadó sobre manera. No queriendo decirme que era necesario renunciar á nuestro proyecto, hizo que el jóven viniera á verme. A las primeras palabras, que pronunció, comprendí, que habia equivocacion, y cuando me describió las cualidades de la jóven, que amaba, y las de... en una palabra, despues de haberle hecho algunas preguntas adquirí el convencimiento de que mi Elena le habiainspirado un afecto tan sério como desinteresado.

—Ahora es cuando comprendo lo que el Conde queria decirme—murmuró la Baronesa al oido de Eliana—mi querida niña; ¡en qué error habia yo incurrido, y cuanto siento haberte dado tan falsas esperanzas!

—Yo haré por olvidarlas, y obraré de suerte, que no conozcan que las hé alimentado durante quince dias—respondió la jóven en el mismo tono—pero, mi querida tia, sostened mi valor, y ayudadme à ocultar la herida,

que mi amor propio ha recibido.

—¿Conque, señorita —decia entretanto el Sr. Revel á su hija—creereis aún que los que piden vuestra mano, no piensan más que en vuestro caudal? ¿Continuareis siendo tan desconfiada, y no os rendireis á la evidencia? Pero ¡qué séria estás! Nada me respondes. Mi querida hija, si este matrimonio no te agrada, no te hablaré más de él. Completa libertad. Te la he prometido, y lo que se promete se cumple.

La jóven se sonrió; volvió à ponerse colorada, è inclinándose al oido de su padre, le dijo algunas palabras, que al parecer le causaron una gran alegría.

—¿De veras?— exclamó él—¿Conque no hay ya obstàculos? ¡Qué contento se pondrá el Marqués de Clermont! Quiero escribirle hoy mismo.

Lo que la orgullosa Eliana sufria, mientras que el padre y la hija hablaban así con gran contento, es facil de comprender. Así es que se levantó y salió, inmediatamente que la Baronesa, compadecida de su turbacion, anunció que era hora de ir à vestirse para comer. Al subir á su cuarto, la llamó su tia, le tomó la mano y le dijo con tristeza:

—Querida niña, ha sido un gran engaño, y comienzo à creer, que tendremos mucho trabajo para encontrarte un marido, que sea digno de tí.

—Està encontrado ya, señora,—respondió Eliana súspirando—me casaré con Máximo.

—Pero segun parece, él vá á casarse.

Eliana hizo una mueca desdeñosa y dijo:

—Eso no es lo que me inquieta: su madre quiere casarle con una aldeana, con la hija de un administrador ó mayordomo; pero bien comprendereis, mi buena tia, que entre esa jóven y yo, Máximo no podria dudar en la eleccion.

—Es cierto, pero no hay tiempo que perder.

—Teneis razon: escribiré esta noche á la madre de Máximo... ó haré mejor, voy á escribir al momento. Hoy no tengo necesidad de gastar mucho tiempo en aderezarme; además de que comemos en familia y sin extraños.

Eliana escribió su carta de prisa, se la guardó en el pecho y bajó al comedor, donde todos estaban ya. La orgullosa jóven llegó á serenarse y á adquirir toda su presencia de ànimo, tomó parte en la conversacion, felicitó á su prima, y aun llegó á reirse de dientes á dentro.

—Ahora que me acuerdo—le dijo de pronto el Sr. Revel—he visto uno de estos dias anteriores á uno de tus compatriotas, aun podria llamarle uno de tus parientes, el señor Máximo Chervis.

—¿Máximo?—Dijo Eliana sorprendida—¿está ahora en París?

—Sí, ha venido llamado por el Baron de Vertbois, un tio de Lionel.

—¿Como es eso? ¿Maximo conoce al Baron de Vertbois?

—Precisamente no; pero Máximo vá á casarse con la ahijada del Baron, la señorita Genoveva Berlier; tu debes saber eso. El se-

ñor Berlier llevó á la jóven á París para comprar algunas cosas, y para dar parte al Baron del casamiento de su hija. El Baron que quiere mucho á aquella niña, le hizo muchos regalos, y manifestó el deseo de ver al novio. Máximo fué por consiguiente à París, y se presentó al Baron, que tuvo mucho gusto en conocerlo, y que sabiendo estimar sus buenas cualidades va á proporcionarle un buen destino en el Ministerio de Hacienda. Con un protector como el Sr. de Vertbois el jóven hará una buena carrera, y mucho más viendo tan instruido y tan inteligente. Le hé visto muchas veces en casa del Baron, y he visto tambien à la señorita Genoveva, que aunque no sea una belleza notable, me ha encantado por su gracia y su gentileza. Máximo está muy enamorado de ella, y me lo ha dicho; se casaba con aquella jóven por dar gusto à su madre, pero así que la trató se fué poco à poco prendando de ella.

Mientras que el Sr. Revel hablaba de este modo, Eliana cambiaba de color, poniéndose unas veces encendida, y otras veces pàlida; su mano crispada estrujaba la carta, que habia acabado de escribir, y sus ojos se llenaban de lágrimas. Todavía se esforzó en ocultar su despecho, pero apesar de todo su valor y de todo su orgullo, le fué imposible continuar sosteniendo la conversacion. Por fortuna estaban en los postres, y la Baronesa, que adivinaba lo que sufria su querida sobrina se levantó diciendo que estaba entumecida de hallarse sentada tanto tiempo.

Toda la familia pasó al salon; Elena se pu-

so al piano á instancias de su padre y de su tio; y la Baronesa, dejando á los aficionados á la música, disfrutar de ella á su gusto, se acercó á Eliana, que en pié delante de la chimenea miraba tristemente quemarse el papel que habia echado al fuego.

—¿Has quemado la carta, que habias escrito á tu futura suegra?—le dijo con algun sentimiento á Eliana.

—Y ¿qué queriais que hiciera.—replicó la jóven con amargura—¿Acaso debia ya enviarla? En el estado en que están las cosas hubiera sido ir á sufrir una humillacion y una negativa.

La Baronesa guardó silencio, y Eliana continuó.

—Tengo que resignarme y reunir todo el valor posible, porque tengo mucha necesidad de el. Todas mis esperanzas me faltan de una véz. Yo presumia mucho de mis ventajas, de mi talento, de mis conocimientos, y hablando francamente, de mi belleza, y hé aquí que dos hombres, uno que me amaba, y otro que me creia rica, me abandonan y prefieren jóvenes ménos interesantes que yo bajo varios conceptos. La sencilléz, la modestia, y la piedad amable y sincera, que distinguen á Elena y á Genoveva deben ser bien seductoras, puesto que han podido encantar hasta tal punto á dos hombres, que no se parecen, ni tienen los mismos gustos é inclinaciones.

Se detuvo, enjugó una lágrima, y continuó diciendo:

—¿Cuán feliz hubiera podido ser yo, si hu-

biera sabido contentarme con la posicion, en que la divina providencia me habia colocado. Màximo me amaba, no puedo dudarlo..... y no hubiera creido que me olvidase tan pronto,—agregó con un suspiro.

—Mi querida niña—le dijo la Baronesa desconsolada—¡cuànto desearia yo poder asegurar tu porvenir! Pero cuando se tiene una familia numerosa y un caudal mediano... Ah! si yo fuese rica como tu tio Revel!

—No digais eso, tia. Mi tio Revel ha hecho por mí lo que ha podido. Bien sabeis que pesan sobre él muchas atenciones.

—Pero ¿no podrias ir á casa de Elena que te ama tanto?

—¿A casa de Elena? ¿á casa del Conde de Clermont?—dijo Eliana, cuyos ojos negros centellearon—¿En qué pensais, tia? No, no, jamás: yo sufriré mi suerte: seré maestra ó instructora de niñas el tiempo que Dios quiera; pero, si es posible, no me quedaré en Francia; conozco bien la lengua inglesa.

—¿Con que tu quisieras ir á Inglaterra?

—A Inglaterra, á los Estados Unidos, al Canadà, á las Indias, á Australia..... poco me importa que sea en una ú otra parte.

La Baronesa se quedó como asustada, y en este momento se oyó la voz del Sr. Revel, que dijo:

—Eliana ¿no vendràs á cantarnos alguna cosa? ¡Hace tanto tiempo, que no te he oido!

La Baronesa iba á responder; pero la jóven le apretó la mano y sobreponiéndose por su orgullo á la situacion de su espíritu, se levantó y fué á sentarse al piano sonriéndose.

Al llegar aquí se calló de pronto el anciano cazador, y se enjugó el sudor de la frente. Habia hablado bastante tiempo, y aunque hubiera tenido mucho gusto en hacerlo, estaba tan fatigado, como si hubiera corrido tras de la liebre.

—¿Pero está terminada la historia?—le pregunté yo—¿No me direis qué fué de los personages de ella, y en particular de Lionel y de Elena?

—Hace diez meses que estan casados y son tan felices, que nada tienen que desear: ni aun un heredero, por que el Sr. Revel menor espera ser padrino dentro de poco tiempo.

—Y ¿la pobre y bella Eliana donde está ahora?

El anciano cazador bajó la cabeza y respondió con un suspiro:

—¿Se sabe adonde van las exhalaciones?

FIN.